JAIME C. DE VEYRA
Miembro y Secretario de la Academia Filipina de la Lengua

LA HISPANIDAD EN FILIPINAS

PUBLICACIONES DEL CIRCULO FILIPINO
MADRID

Depósito Legal: M-13.789-61

Robles Hermanos - Fernández de los Ríos, 48 - Madrid

PROEMIO

Es un honor para esta Sección de «Publicaciones del Círculo Filipino» el ofrecer al público la impresión del trabajo de don Jaime C. de Veyra titulado «La Hispanidad en Filipinas», no sólo porque el mismo condensa mucho de lo que se ha dispersado en publicaciones y trabajos periodísticos, sino porque aporta al tema histórico literario de que trata, datos nuevos, inéditos, y originales puntos de vista en su exposición.

La personalidad del autor está tan destacada en las Islas Filipinas a través de sus muchas actividades en la política y en las letras, que resulta interesante —particularmente fuera de su país— el dar a conocer la opinión de escritor tan autorizado sobre un tema de la Hispanidad que se distingue y se caracteriza del de los demás países hermanos.

Esta diferenciación nace del hecho de que mientras las otras naciones hispánicas radican en un solo continente, con un solo y no muy amplio océano separándolas de su antigua metrópoli, Filipinas se encuentra a mucha más distancia, con unos medios de comunicación tan difíciles en los siglos dieciséis y diecisiete, y aun en el dieciocho, que impedían su contacto con España, y los españoles que allí iban se constituían en autoridades casi vitalicias quedando absorbidos por los modos y maneras de vivir del país, debido a ese aislamiento de su lugar de origen y del progreso occidental de su patria.

Por estas razones —la falta de ambiente cultural ante la ausencia de publicaciones periódicas, libros y las actividades relacionadas con ellos— la literatura no floreció en Filipinas ni tan pronto ni tan fecundamente como en los países hispano-americanos. Ni surgieron genios y obras universales como la «Araucana», de Ercilla. La desconexión de la península y su progresivo vivir anclaba a aquellos misioneros —que además de doctrinar tenían que hacer de autoridad civil en los pueblos—, les anclaba, digo, en los conocimientos que ya llevaban, sin más horizonte que el de desarrollarlos aplicándolos al país, pero sin una marcha progresiva paralela a la

de la metrópoli. Como ellos, los religiosos, eran en general, los únicos maestros, surgió como explica el autor, ese «mester de clerecía» en Filipinas que fue la iniciación de la literatura hispanofilipina en el siglo diecisiete, florecida del castellano de esos primeros misioneros y aplicada a la inspiración y a la técnica popular de la literatura indígena.

El conocimiento del castellano y la asimilación de su literatura debieron progresar rápidamente por cuanto el P. Chirino dice en 1604 «que los filipinos en castellano escriben tan bien como nosotros y aún mejor», y el P. Blancas de San José, en 1606, se llenó de estupor de ver que apenas hubo mujer en su tiempo que no supiese leer libros en castellano «díficil de creer en quien no lo viere», y esto no sólo en los habitantes del llano, sino aún en los serranos, los negritos.

Pero algo debió suceder para que el castellano se perdiese después, porque al marcharse España de Filipinas en 1898, sólo una minoría sabía el idioma. Aquellos maestros tan buenos que lo enseñaron, se debieron dar igual habilidad para desterrarlo en cuanto consideraron que era un peligro para la fe religiosa del filipino el saber leer en un idioma con el que se enteraban de los

principios de la revolución francesa y, del ateísmo o anticlericalismo e irreligiosidad del liberalismo con toda la propaganda masónica que lo alimentaba.

Esta actitud que ha merecido muchas censuras, es una consecuencia natural del deber religioso del misionero al que importa más la salvación de sus cristianizados. Se podrá reprochar su actitud como un error de miopía o como falta de valor y confianza para enfrentarse con las realidades, pero nada más. Aunque las consecuencias hayan sido perjudiciales tanto para Filipinas como para España.

Hoy mientras perdura el castellano en América Hispana —porque quedó arraigado hondamente cuando se independizaron las naciones Hispano-americanas—, en Filipinas, aquella débil estela que quedó de la lengua española la han ido esfumando los oleajes norteamericanos.

¿Qué naves podrán trazarla de nuevo sobre los mares filipinos? Jaime C. de Veyra es pesimista sobre este punto. El, que tuvo una formación hispana, estudiando en San Juan de Letrán y en la Universidad de Santo Tomás, hubo, como otros muchos, de asimilar el inglés para iniciar su carrera política y ser concejal en Cebú

7os treinta años, gobernador de Leyte —donde nació— / los treinta y dos y luego miembro de la Asamblea, y ostentar en seguida el cargo de gran responsabilidad de Comisionado Residente en Estados Unidos desde 1917 a 1924. Más tarde vuelve a su vocación literaria y le nombran bibliotecario y director del Instituto de Lengua Nacional, y entre los libros quizás le invade la nostalgia de su formación hispánica y ocupa durante diez años el cargo de jefe del Departamento Español, siendo ahora, y desde hace tiempo ya, secretario de la Academia Filipina de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española.

Es autor de numerosos trabajos literarios e históricos, entre los que se pueden mencionar «Tanday o Kandaya»; «Filipinas y filipinos»; «Los amores de Rizal»; «El Dr. Rizal redivivo»; «Medina en nuestra historia»; «¿Quién fue Urduja?»; «El último adiós de Rizal»; «Poesías de Rizal»; «Filipinismos en lengua española»; «Efemérides filipinas»; «Sobre la K y la W»; «Sobre la Ortografía del Tagalog», además del presente trabajo y de sus discursos académicos.

En «La Hispanidad en Filipinas» nos conduce a través del nacimiento, progreso y vicisitudes de la lengua

y de la literatura hispanofilipinas hasta el año 194 *De entonces acá han desaperecido muchas figuras de esta literatura y han quedado sin consignar hechos importantes para su vida. El trabajo necesita un suplemento que lo estire hasta nuestros días, labor que ya no puede ejecutar don Jaime por su avanzada edad. Pero la raíz y la médula de su desarrollo y de su historia están bien patentes en el extenso y bien trazado estudio que el autor hace y que nosotros ofrecemos al lector precisamente en este año del centenario del nacimiento de José Rizal, a cuya vida y obras dedicó muchos días de abnegada y ferviente investigación.*

A. G. M.

Madrid, 30 *de diciembre de* 1961.

I. PERIODO INICIAL

1. «INPRINCIPIO ERAT...»—Comencemos con el maestro en Literatura filipina: Epifanio de los Santos Cristóbal. Oigámosle:

«Antes de la conquista, los filipinos tenían literatura escrita con caracteres propios. Sus manifestaciones en verso consisten en sentencias (sabi), proverbios (sawikain), cantos de mar (soliranin, talindaw), epitalámicos (idiona, ayayi, áwit) y otras congéneres que se diferencian solamente por la música, y una especie de farsas y sainetes donde se exponen y critican costumbres locales (*duplo*, *karagatan*, donde los acertijos *bugtongs*, tienen gran papel y las narraciones épicoditirámbicas llamadas *dalits*); cantos de guerra, canciones amorosas (*kumintang*, *kundiman*), etc., etc.; bastantes de ellas pueden todavía recogerse de los artes y vocabularios tagalos de los siglos XVII y XVIII y aun del XIX.»

Esta es una aserción positiva.

2. ENTREMOS EN DETALLES.—Sí, entremos en detalles, siguiendo siempre al guía-luz E. de los Santos, que nos da hecho el trabajo, en cuadros fragmentarios, según su clasificación o como él ha podido captarlos. Veamos el período inicial; él nos lo describe:

«Al hecho de que los dialectos, principalmente el tagalo, ya tenían carácter literario antes de la conquista, fue posible la publicación xilográfica de la *Doctrina cristiana tagalo-española*, atribuída a Plasencia, 1593, en donde el Ave María tagala, Chirino, helenista y latinista, pone por encima de la griega, latina y castellana. Lo más notable en esta pieza literaria es que carece de influencia castellana, en léxico y conexión gramatical, que denota la colaboración anónima del isleño.»

En breves pinceladas, Santos da el desenvolvimiento de las letras tomando su iniciación con las primeras impresiones del inventor local, de la imprenta, el sacerdote dominico Blancas de San José, con cuya aparición se asocia la del indígena Pimpin —primer tipógrafo del país e incipiente lingüista—, así como el nombre de Bagongbanta, y como autores de versos castellanos, hace paralelo aquél; Santos los presenta originarios y contemporáneos en iniciarse en el uso y manejo de la lengua importada por los misioneros españoles. El propio Santos señala un perfil especial en la figura de Pimpin: el tipo del primer industrial.

Hay una indicación suya, en el párrafo que antes ci-

tamos, que merece singular atención para nuestro propósito: la incorporación de refranes y enigmas en vocabularios —singularmente en el Sanlúcar de 1754— que es una real introspección en el alma popular. Esta medida, que dice expresión radicalmente literaria, es coetánea de la colección de refranes del maestro Correas y del célebre Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española.

Volviendo la vista a la relación literaria de Santos, dice nuestro autor, sintetizando las influencias sobre nuestros hombres de letras, antes de mediar el siglo XIX:

«La inagotable malicia, la cortesanía, el ingenio parabólico, la gracia y la primaveral frescura que distinguen el estilo siempre pintoresco de los poetas antiguos, informaron hasta cierto punto el estilo de los eruditos y soberanos maestros de principios y mediados del siglo XIX; quienes, al ensanchar los característicos cuadros de género que hallaron, añadieron variedad de matices y tonos a su dialecto poético, pactaron alianza con la civilización occidental, haciendo carne de su carne las conquistas de que aquélla más puede envanecerse y gloriarse, y al propio tiempo que un cuadro más amplio de la vida y el conflicto de voluntades elevaban el interés dramático de sus obras, ya de poderosa unidad orgánica, la elevación moral, la tolerancia religiosa y la noble indignación patriótica encontraban por vez primera la más perfecta expresión en ellas.»

Ya bien entrado este siglo, en plena posesión del habl castellana, escribe:

«El período histórico de 1896 a 1899 es el de mayor efervescencia del entusiasmo lírico: como que los vates entonces, además de los héroes nacionales Burgos, Gómez y Zamora, tenían el Héroe nacional por antonomasia, el Gran Filipino (Rizal), el Gran Plebeyo (Andrés Bonifacio) y gloriosas fechas nacionales: Noveleta, 13 de agosto de 1896, la Declaración de la Independencia y la inauguración de la República Filipina, y podían hacerse oír y leer por un público de héroes que podrían renovar los laureles conquistados por sus antepasados.»

No descuida Santos referir una observación del jesuíta Chirino, seguida de las de otros contemporáneos suyos, respecto al estado en que aquellos primitivos españoles hallaron a los nuestros, en materia de posesión de su propio idioma y su cultivo habilidoso. Sus palabras son éstas:

«Chirino (1604) dice que los filipinos, en castellano, «escriben tan bien como nosotros, y aún mejor, porque son tan hábiles, que cualquiera cosa aprenden con suma facilidad.» Blancas de San José (1606) se llenó de estupor de ver que apenas hubo mujer en su tiempo que no supiera leer libros en castellano «dificultoso de creer a quien no lo viere», y esto no sólo en los habitantes del llano, sino aun en los serranos, los negritos. Un negrito de siete años de edad, en lólí, alabó en latín y

castellano a San Ignacio de Loyola, con la gracia que pudiera hacer un elocuente orador.»

Dice más el historiógrafo Santos —y con ello cerramos estas referencias—; escribe, refiriéndose al género de cultura primitiva de los isleños:

«...Cultura no debida a los libros, a la Prensa, a los clubs, a las escuelas, a las conferencias, sino a un ambiente especial como el ambiente y cielo especiales de Holanda que acondicionaron a un Rembrandt, un Potter, en fin, a la natural sagacidad del filipino, industriándole en las rudas disciplinas teológicas, filosóficas y jurídicas; que crearon y fortificaron la unidad de ideas y sentimientos del pueblo filipino, infundiéndole ese espíritu de crítica que le distingue, tal vez estrecha antes de la Revolución, pero estrecha y todo, formidable para confudir al adversario con los propios términos de su razonamiento. No produjo escritores a destajo, durante el tiempo en que las circunstancias políticas se lo vedaban, pero produjo sutiles improvisadores, ingeniosos conversacionistas, y ese primor suyo en el trato social que ilumina y regocija la vida, y de que se hace lenguas el extranjero que tiene la oportunidad de conocerle de cerca.»

Con esta indicaciones del perito en nuestra literatura, creemos haber dado una idea general de las letras castellanas en nuestro país; pasemos a considerar los tro-

piezos, las dificultades, las luchas que los civilizadores a la española hallaron en las Islas y el lento progreso, primero, y el triunfo después, en su labor penosa.

3. ¿MESTER DE CLERECIA?—No ha de considerarse pretensión insensata esta referencia. Se registró en España, en los albores de su Literatura, por la influencia de los clérigos, los elementos sociales más cultos entonces, que arrancaban su cultura de las letras latinas. Al desprenderse del latín las lenguas vulgares y en sus pinitos iniciales, produjeron aquella efímera literatura, cuyo prototipo fue el *Libro del buen amor*, del ingenuo Arcipreste de Hita. ¿No pudo ocurrir algo semejante entre nosotros? Los más letrados figuraban entre los clérigos (sacerdotes religiosos casi todos).

Nuestra bibliografía señala la *Historia de Barlaan y Josafat* como el punto de arranque de las invenciones locales, los «Santos a lo divino». Como del latín se desprendieron en la metrópoli las letras incipientes en castellano, así los «ladinos» en tagalo comenzaron a rimar en su lengua, teniendo por exploradores a Pimpin, Bagongbanta y Gaspar Aquino de Belén (que tuvieron por guías al célebre P. Blancas de San José, originador de la imprenta). A la vez y auxiliando al P. Francisco López (autor del Belarmino ilokano), el ciego Pedro Bukáneg. Con tales auspicios nacen los primeros tanteos, bajo la iniciativa del P. Blancas de San José (empeñado

en introducir la versificación castellana), el introductor del *Barlaan*, P. Antonio de Borja, el P. Pedro de Herrera (primero en manejar el verso octosílabo), el P. Antonio de San Gregorio y el P. Pablo Clain, «varón en todo único», calificativo que reproduce Epifanio Santos. Todos ellos, clérigos, agentes que consideramos del *menester de clerecía*, ya que el silencio en las crónicas no nos permitiese citar nombres y títulos de obras: la hipótesis es que en pleno siglo diecisiete y bien avanzado el dieciocho, debieron de correr muchos manuscritos, puesto que ha llegado hasta nosotros la noticia de ellos. Los pocos materiales en verso, debidos a aquellos «primitivos» filipinos —calificados de «dadinos», por los autores— apenas hacen percibir sino esfuerzos de un *mester* para ellos nuevo y desconocido.

4. LOS OBISPOS FILIPINOS.—Hacemos aplicación de igual hipótesis que la del *mester de clerecía*. ¿Cómo se explica la «absoluta» carencia de manifestación literaria en nuestros obispos? Los hemos tenido desde época muy antigua —1646 ó 1677— y hasta la desaparición de sus individuos del escenario filipino (fines del siglo XVIII), no hay indicación alguna de producción literaria —esencialmente *literaria*— que sea debida a un obispo del país, ni aún siquiera de los llamados «cantos o rasgos a lo divino». ¿Por qué razón?

Los anales eclesiásticos registran:

1. José Cabral, electo obispo de Nueva Cáceres, 1646

2. Lucas Arquero de Robles, preconizado obispo d Nueva Segovia, 1677.

3. Rodrigo de la Cueva Girón, obispo electo de Nue va Cáceres, 1654 (?).

4. Francisco Pizarro de Orellana, Nueva Segovia, 1681.

5. Jerónimo de Herrera, Nueva Segovia, 1723.

6. Protasio Cabezas, Cebú, 1741.

7. Manuel José de Endaya, obispo de Oviedo (Es paña); luego arzobispo, México, 1739.

8. Domingo Valencia, Nueva Cáceres, 1713.

9. Felipe de Molina, Nueva Cáceres, 1723.

10. Isidoro de Arévalo, Nueva Cáceres, 1742.

11. Miguel Lino de Espeleta, Cebú (1750), arzobisp interino y gobernador general 1759-1761.

12. Ignacio de Salamanca, Cebú, 1789.

¿Es concebible que ninguno de ellos haya producid una sola pieza literaria? Su carrera casi por entero s siguió en latín; pero siempre se exigió de ellos conoc miento del español; y en español tenían que ejercer e apostolado; ¿ni un trozo literario, ni un libro de devo ción? ¿Fueron tan indiferentes que desdeñaron el art impreso? Florecieron el naturalista Ignacio Mercad agustino, y los célebres jesuítas lingüistas Domingo E

guerra y Pedro de San Lúcar; ¿no han dejado un solo trozo literario?

Las Ordenes religiosas rivalizaron en el cultivo de las lenguas filipinas: así, al hacer sus crónicas, particularizan hasta en las novenas de que fueron autores los miembros de su corporación respectiva. Ninguno se ha ocupado en guardar o señalar obras literarias, de esos *doce* obispos (uno de ellos Espeleta, interino de arzobispo y hasta de gobernador general cerca de dos años; y otro, Endaya, fue grandemente honrado en España, siendo obispo de Oviedo, y luego, designado arzobispo de México). De todos se han mencionado su cultura, gusto y habilidad mental; de alguno se dijo —Endaya— que, en México, había sobresalido en toda disciplina eclesiástica (menos en la disputación pública); ¿cómo no se ha conservado nada en materia de letras? Tropezamos en una bibliografía, en que el P. Murillo Velarde, jesuíta, discute materia canónica con el que luego fue obispo Arévalo —siendo el debate cuasi literario en la forma—; no se ha conservado la parte de éste, en la contienda. ¿Qué hado ha perseguido a estos obispos? Y puesto que no nos cabe en la cabeza que en tan largo período —1646-1789, 143 años en que vivieron y brillaron— no haya despuntado en letras uno sólo de tales obispos filipinos; nos limitamos a apuntar nuestra sorpresa e incertidumbre; quizá futuras investigaciones nos expliquen la actual incógnita y su razón.

5. PRIMEROS PINITOS POETICOS.—Nuestra atención fue, desde un principio, atraída hacia la personalidad de don Luis Rodríguez Varela; su motivo, la atribución de ser protagonista de lo que Retana señaló se *El precursor de la Política redentorista*. Se le ha considerado el primer «laborante» político, precursor de lo Rizal, los López Jaena, los Del Pilar...

Ha servido de tesis el hallazgo de un raro impreso, d 1809, titulado:

«*Proclama/historial/que para animar a los vasallo que/al Señor Don Fernando VII tiene en Filipinas a/qu defiendan a su Rey del furor de su falso amigo, Napo león, Primer Emperador de Franceses/escribe, dedi e imprime a su costa /Don Luis Rodríguez Varela...*»

Retana reproduce el documento en el segundo volum del *Archivo del Bibliófilo filipino* (Madrid, 1896). I comenta de este modo:

«El autor, conocido también por el «Conde Filipino muéstrase español exaltadísimo; pero, al propio tier po, y con suma habilidad, recuerda a los filipinos tod los privilegios que les concedían las leyes...

Rodríguez Varela es una interesante personalidad e tre los propagandistas de los privilegios de los indi por lo que en otra ocasión no vacilamos en calificar de *laborante*, puesto que, sin dejar de ser eminentem te español (era español de pura sangre, nacido en Fi pinas) trabajaba cuanto le era dable por la dignifi

ción y encumbramiento de las razas indígenas. Creíase *poeta*, pero, antes que poeta, *político sutil* (nosotros subrayamos), como puede verse en la *proclama* que motiva estos renglones, en otra que describe Medina (*La Imprenta en Manila*) y en nuestros números 555-556 (estos dos últimos, escritos en España, adonde fue deportado).»

No nos ha sido posible obtener datos biográficos más concretos. Rodríguez Varela debió de nacer en el último cuarto del siglo XVIII; en 1809 el gobernador Folgueras le dio licencia para imprimir cuatro obras: la ya citada *Proclama histórica*; *Elogio a las provincias de la España europea*; *Elogio a las mujeres de España*, y *Parnaso filipino*. Este postrero es lo que importa a nuestro objeto.

Rodríguez Varela jamás apeó el título de *Conde Filipino*, de que Retana hace chacota, por decir que desconocía su origen y razón. En la portada de la *Proclama* que citamos, a continuación del nombre del autor siguen cinco líneas con estos nombres: «Sancerra Sánchez, Baamonde, García, Das Seixas, Arellano, Martínez, de las Casas, Caballero de la Real Distinguida Orden Española de Carlos III, Regidor perpetuo de esta M. N. Ciudad de Manila por S. M., su Síndico Procurador General.»

El Conde Filipino, por lo visto, estaba tocado de la flaqueza muy común entre los nobles, de amontonar nombres...

En los comienzos del siglo XIX, era regidor vitalicio de Tondo; en esta sazón ocurre la sarracina popular de 1820, en que se le reputa a Rodríguez Varela uno de los incitadores (si no el principal) de las iras del populacho, que hace víctimas a más de trescientos extranjeros, entre chinos, franceses e ingleses, por considerarlos responsables de envenenar las aguas del Pásig, causantes del cólera y la viruela.

En 1821 a Rodríguez Varela se le cataloga entre los dieciocho influyentes sujetos que el gobernador Martínez cree conspiradores —incluyendo el rico propietario D. Roxas, el noble letrado Jugo, el industrial Mijares y varios oficiales filipinos del ejército—, enviándoles a España, bajo partida de registro, donde casi todos murieron. Años más tarde se hizo pronunciamiento de que no eran culpables.

Insistimos en que, entre éstos la figura de Rodríguez Varela se destaca en primera línea por su cultura: hasta entonces ninguno había alcanzado igual rango; la *Proclama* no sólo dice habilidad y sutileza, que Retana no deja de reconocer, sino fácil disposición del habla, lo que le gana el calificativo de «improvisador»; se in-

clinaba al cultivo del verso y si las muestras que Retana recoge —no pretendemos juzgar mal al Retana *antes de su conversión*— no prueban excelencia indiscutible, dicen alma poética, cultura nada vulgar, y desde luego, al instaurador, el primero entre nosotros en alardear ostentación de las letras españolas.

II. PUGILATO DE LENGUAS Y DERECHOS

6. LA OPOSICION DE LOS DOCTRINEROS.—Como consignamos en otra parte, la necesidad imperiosa de los castellanos en los primeros momentos, era el entenderse con los naturales; tan grande era que, ya desde tiempo de Magallanes, sólo a tientas y a medias, podían comunicarse con los de Cebú, mediante Enrique de Malaka (su esclavo), y no en bisaya, sino en el lenguaje de éste, el malayo. Medio siglo después, los de Legazpi lamentaban la falta de «lengua» —«como no teníamos lengua», era su frase—, es decir, carecían de «intérprete», y les era punto menos que imposible entenderse con los del país.

¿Y cuál era el inconveniente para los misioneros que con ellos venían a poblar? ¿De qué medios se valieron? No es maravilla que, en sus relaciones y crónicas, atri-

buyesen a milagros cualquier éxito en sus ansiedades y empeños. Recuérdese la explicación de Balmes, a la «labor evangélica» de los doce apóstoles: los había escogido el divino Maestro, entre los más ignorantes del pueblo, enviándoles a todas partes; predicaron la Buena Nueva, demostrándola con «milagros»; no importa negarlos, que entonces habría que admitir otro milagro mayor, «que es la conversión del mundo sin milagros». Algo en reducida escala, habría que decir de lo ocurrido en Filipinas.

El milagro estaba hecho: la abundante mies lo demostraba. La cosecha de la época del Salvador se repetía entre nosotros, y he ahí a los doctrineros, los entusiastas e intransigentes partidarios de la conquista espiritual, no por las armas, sino por la palabra, la lengua. Todos ellos se aplicaron con denonado, con heroico empeño, en su cultivo, y pronto surgieron entre ellos un Demóstenes (P. Blancas de San José), un Cicerón (P. Sanlúcar), un Horacio (P. Herrera) en tagalog. De otra parte, la rapidez de la evangelización —admitida entonces y admirada ahora por los colonizadores extranjeros— reforzaba la posición de los misioneros, por el éxito de su método, reconocido por los soberanos de España y hasta apoyados por cuantos vinieron ocupando sucesivamente la Silla pontificia, en aquella edad de arraigada fe cristiana... ¿Será maravilla, repetimos, que la actitud de los misioneros en

materia de propaganda, fuese echando raíces, generalizándose y sumando prosélitos, en el curso de los años?

Así iban las cosas y los oídos de los Reyes Católicos se fueron acostumbrando a escuchar los mismos informes, hasta bien avanzado el siglo XIX, y especialmente. desde la apertura del Canal de Suez, que acortó la comunicación con España a la vez que atraía hacia aquí la emigración europea, cada vez más numerosa y activa.

No han faltado Leyes de Indias, que insinuasen, primero, favor en la promoción del castellano, y requiriendo su cultivo más tarde. Pero, repetimos, no hasta que el volumen del elemento español fue sensiblemente apreciable, y el regreso de los jesuítas con la fundación del Ateneo municipal y mucho más que todo ello. con el establecimiento de la Escuela Normal de Maestros, se había dado un fuerte empuje a los esfuerzos por dar carta de naturaleza al lenguaje del dominador. Entonces vino a plantearse lo que se denominó «la cuestión del castellano». ¿Cuál fue la actitud de los misioneros ahora curas religiosos? Naturalmente, la tradicional; a ésa le daban títulos su historia y los hechos en su favor. Cuando el hombre viene a la luz, en medio de esta atmósfera, es imposible transformarle, por mucho que hayan cambiado los tiempos. Aunque la dominación netamente española había avanzado hasta lo sumo, se había encontrado en su paso continuamente con la tradición... que la detenía.

Plantéase, a mediados de aquel siglo, la cuestión del castellano.

Creemos que fue en tiempo del gobernador Crespo (1854-1856), cuando se formó una Comisión de enseñanza, de que eran miembros algunos religiosos: todos, o una mayoría de ellos, se habían declarado por el *statu-quo*, es decir, lo tradicional, habiéndose encomendado la ponencia al P. Gainza (ilustre dominico, cuyas ideas no eran sospechosas en pro de cuanto sonaba a filipino); el informe de Gainza, sin embargo, se oponía al cambio de sistema educacional, fundado más bien en motivos sociológicos, y aun étnicos. El resultado fue dejar el asunto *in statu-quo*.

Otra vez —en pleno «progresismo» en España, de parte de los laborantes filipinos— se promovió la misma cuestión, siendo ministro de Ultramar, Becerra (liberal, 1889). El ministro había acometido algunas reformas, tenidas por «tendenciosas». El progresismo ejerció presión. No faltaron influencias que hasta amenazaron a Becerra con una posible «leva», de los párracos-frailes, si se empeñaba en imponer el castellano. Acogiólo impasible el ministro, manifestando que «no lo hicieran, porque si lo hacían, se los aplicaría todo el rigor de la ley, como a cualquiera que atentase contra la patria». Pero no pasó a mayores, con el cambio de Ministerio.

Esta era la suerte del idioma castellano, en buena parte combatido por los propios españoles. Su perío-

lo más difícil, por lo vidrioso, fue el que subsiguió a la trasferencia de la soberanía española a la americana, siquiera ésta fuese temporal; la presencia en las Islas de un pueblo activo, emprendedor, ufano de su cultura y lengua, tenía que dejarse sentir en esta sociedad; y con la preparación de los filipinos a la europea, gracias al influjo de España, fue a los Estados Unidos más asequible ejercer un dominio intelectual-educativo, de que hacemos breve referencia en la narración de la fundación Zóbel. Típico de la imposición del inglés es el incidente ocurrido al Centro Escolar de Señoritas, a cuya directora, el entonces secretario de Instrucción Pública (1913), había dirigido una severa amonestación, que su junta de profesores reputó injusta y descortés: y expeditivamente, sin esperar nuevo requerimiento, devolvió al alto oficial, los poderes conferidos al instituto para expedir títulos reconocidos por el Gobierno.

7. SI TANDANG BASIO MAGUNAT.—En un trabajo esencialmente literario como éste, no sería impropio mencionar tal título: es el de una novelita en selecto tagalo, obra del franciscano Fr. Miguel Lucio Bustamente. Parece que la obrilla alcanzó pródiga difusión: se utilizó por los interesados, como arma contra las pretensiones de los filipinos liberales. Su argumento era que «el indio que se separaba del *kaubaw*, se hacía enemigo de Dios y de la patria». Buena tesis para los

que barrían hacia dentro. ¿Alcanzó éxito? Sí, y grande: más pronto vino la reacción. Del Pilar, Rizal y otros progresistas, asieron el argumento por las cabellos, y lo «jalearon». La anticampaña no sólo fue efectiva, sino que mató el librito, produciendo su retirada de la circulación. Probablemente los curas-frailes se hicieron cargo en seguida, de que el uso de *Tandag Basio*, lejos de favorecer su causa, la perjudicaba.

Hacia 1936, al crearse el Instituto de Lengua Nacional, éste, así como un folklorista americano, Mr. Fansler, se interesaron por obtener un ejemplar del *Basio*, y no se halló uno para un remedio. No lo deseaban con propósito hostil, sino como muestra de una curiosa pieza literiaria: pues no se logró. Se pensó entonces producir copias para los interesados en ellas, pero la intención no cuajó. Tal fue la suerte de la novelita tagala, *Si Tandang Basio Magunat*!

8. PELAEZ Y BURGOS.—No podemos dejar de mencionar unidos estos nombres: la casualidad los requiere en orden sucesivo; cuando Peláez desaparece del escenario, surge Burgos; diríase que recoge la herencia que deja el primero, con una paridad que recuerda a otros egregios eclesiásticos españoles: Lope de Vega y Calderón de la Barca; éste ocupa el trono de la dramaturgia que acaba de abandonar el anterior: ambos primeras figuras.

Pedro Peláez fue un mestizo español, hijo del que fue alcalde de La Laguna; José A. Burgos, lo fue igualmente de padre español, habiendo nacido en Vigan, Ilocos Sur: los dos ocuparon becas en la Universidad de Santo Tomás: aquél se desprende de su *alma mater*, no bien termina los estudios; mas Burgos, quizá muy impaciente de los estudios, va eslabonando cañones con teología, se licencia, doctora, gana puestos por oposición, y no se separa de la Universidad, donde ocupa cargos honoríficos. El estudiante, impaciente y nunca satisfecho, continúa estudiando, a la vez que desciende a la arena de la lucha, para seguir la campaña *pro clerecía*, de su antecesor. Así su figura literaria no se destaca en líneas bien claras, mientras la de Peláez ha dejado rasgos vigorosos: los escritos que hemos repasado le representa rico en ideas y vocabulario; su estilo se distingue por su fuerza, abundancia y gallardía, más enfático, más oratorio que literariamente escrito. Burgos aparece con la atención simultáneamente diversificada en multitud de materias; es el enciclopedista que prescinde de los requerimientos de la retórica.

De Peláez nos ha quedado su ponderoso artículo sobre la fiesta cívica-religiosa del 30 de noviembre (1574) —joya que Retana reproduce repetidamente— y el volumen de sus notables *Sermones*; de Burgos, quizá *Estudios sobre la arqueología de Manila* (inéditos), que la Universidad premió en público certamen: otros folletos per-

manecen sin editarse, y aún la narración histórico-novelesca, *La Loba Negra*, se ha prestado a discusión, en punto a autenticidad.

La cultura literaria de ambos —Peláez y Burgos— se ha señalalo más que en sus propias carreras, en el apostolado por los derechos del clero secular a que los dos habían pertenecido.

9. DOS «PARNASOS».—Sí, dos «Parnasos» hemos tenido: el de Luis Rodríguez Varela (1814) y el de Eduardo Martín de la Cámara (1922): el primero autor de *Parnaso Filipino*, y el segundo, recopilador de versos que así tituló el volumen, a tono con otras crestomatías de igual jaez publicadas por la editorial Maucci, de Barcelona, de catorce o diecisiés colecciones de producciones poéticas de países hispano-americanos. En poco más de un siglo el espacio está casi vacío, en lo relativo a poesías aquí.

Cámara prestó singular servicio a la letras: había estado en las Islas varios años, donde hizo los estudios superiores y ejerció el periodismo. Vuelto a España, fue corresponsal de *El Mercantil* (Manila), y en este tiempo, le tocó agavillar el material de su *Parnaso*. Gracias al auxilio de Pellicena y la señorita Gurrea (según nos informaron), logró Cámara allegar, a prisa y con bien escasos elementos, lo acopiado en su colección. Y

la ofreció al público, con un breve estudio crítico. Repetimos que, con ello, prestó servicio al público.

Creemos que su Parnaso flaquea, en varios respectos, comparado con el de otros países. Desmerece, considerado como crestomatía: tal vez su catálogo de nombres podría reducirse a un tercio, y todavía se prestaría a alguna eliminación: pero los *diez mejores* están allí. Repetimos el socorrido:

«No son todos los que están,
ni están todos los que son.»

UN DIALECTO FILIPINO

Hacia el año 1932, escribimos un articulillo bajo el título: *El «caló» de Cavite*, que se publicó no recordamos en que periódico, de cuyo escrito no conservamos sino un ligero recuerdo. Aquello suscitó no poco interés entre los lingüistas de la Universidad de Filipinas, dando margen a que el asunto se adoptase como tesis de grado para maestro en artes.

Quisimos referirnos a un dialecto derivado del castellano y hablado por la población indígena en los pueblos de San Roque y Tanza, Cavite, y también en Zamboanga. Aquí es conocido por «lengua de tienda», y allá

por «chabacano»: allá y aquí se ha generalizado hasta sustituir a la lengua tagala, en las masas y a la bisaya en Zamboanga. Ha ocurrido que, en Manila y Cavite, el pueblo, al adoptar voces castellanas, las ha encajado en la arquitectura del tagalo, mientras en Mindanao, tales voces se han incrustado en el mecanismo del bisaya. Hay de común en el dialecto, el desaliño de la concordancia entre nombres y adjetivo, y alguna que otra modificación de leve importancia; el gusto popular ha introducido giros y caídas graciosas que dan al lenguaje especial y característica fisonomía no exenta de originalidad; cuando la lengua se maneja con soltura, produce hilaridad entre los curiosos extraños que lo oyen.

No se han estudiado, que sepamos, sus particularidades, y los españoles que lo han oído han derivado de tal dialecto más motivos para ridiculizar un habla que para apreciarla. Tal ha ocurrido en su empleo, en la novela *El Filibustero* de V. F. López; no así en la persona de *Cauit* (seudónimo del criollo nacido en Cavite y contemporáneo de Rizal, en Madrid, Evaristo de Aguirre), quien mostró gracejo en el «chabacano», que ha tenido el honor de ser recogido entre las páginas del *Epistolario Rizalino*.

Históricamente el nacimiento del *caló* en Manila y sus cercanías, parte de lo ocurrido en el siglo XVII, cuando el puesto militar de Ternate (archipiélago de Célebes) hubo de abandonarse por los españoles, para

concentrar sus fuerzas en Manila. Con los soldados castellanos vinieron doscientas familias de allá —nuevos cristianos, que casi habían perdido su lengua indígena, y hablaban en castellano corrupto—, y las autoridades españolas de Manila hubieron de estacionarlas en un «poblado nuevo» (el que más tarde vino a ser el *Campo de Bagong-bayan*); luego, a raíz de frecuentes querellas con los tagalos de Ermita y Malate, fueron transferidos a Cavite, hacia el lado norte del pueblo, donde radican los distritos de San Roque y Tanza, que todavía conservan su primitivo patrono, el Santo Niño de Ternate. Estos pueblos deben su origen a los inmigrantes en *Bagong-bayan* (*Bagumbayan*).

Como materia de ensayo, puede considerarse el caso del ex alumno de la Universidad de Filipinas, Alfredo Germán, de San Roque, Cavite, quien trató el asunto con generoso interés, como tesis de grado, en 1933, ofreciendo gramática, vocabulario y antología de la «lengua de tienda», dos de cuyos textos —según nuestra memoria— fueron adaptación de otros tantos pasajes de Rizal, en tal dialecto hechos por un natural de la Ermita —nada menos que el doctor León M.ª Guerrero—, que pudo poseerlo a maravilla. Otro de los que también manejaron deliciosamente este *caló* fue el popular Jesús Balmori, en un cuento dado a conocer en *The Philippine Review*, encabezado, *Na maldito arena* (En la arena maldita).

10. LA FUNDACION ZOBEL.—Don Enrique Zóbel (fallecido en 1937) fue su fundador. Constituía un depósito bancario cuyo interés anual montaba la suma de P. 500, destinados a premiar la obra literaria *en español*, que se hubiera producido en el ciclo de un año, bien por un autor o por dos, en cuyo caso la cantidad P/500 se dividiría a proporción: en la eventualidad de que los trabajos presentados a concurso, u obtenidos por un tribunal al afecto, no merecieran la adjudicación del premio, la suma correspondiente al año se acumularía a la del siguiente, y así sucesivamente.

Era la idea del fundador que se formase un jurado de tres miembros: uno designado por la Academia filipina; otro, por el Casino Español, y un tercero, por el fundador o un representante de su familia. Creemos que la fundación era a perpetuidad; comenzó en 1922.

El siguiente cuadro representa año por año, los autores premiados:

1922. Premio, don Guillermo Gómez; obra, *La carrera de Cándida.*

1923. Desierto.

1924. El premio dividido en dos partes iguales, don Buenaventura Rodríguez, ob. *La pugna*; don Manuel Bernabé, ob. *Rubbayat* (versión).

1925. Premio, don Enrique K. Laygo; ob. *Caretas* (novelitas).

1926. Premio al «balagtasan», de don Jesús Balmori y don Manuel Bernabé, sobre el *Hombre y la Mujer*.

1927. Premio de P/400 a don Joaquín R. de Arellano, por su obra *Miss Norton*; accésit de P 100 a don J. Hernández Gavira, por su obra *Lo que vimos en Joló y Zamboanga*.

1928. Premio de P/400 a don Manuel Rávego, por *Peregrinando*; accésit de P/100 a don Antonio M. Abad, por *El último romántico*.

1929. Premio dividido, mitad para prosa, don D. A. M. Abad, *La oveja de Nathan*, y para poesías, de don Flavio Zaragoza, *A Martín Goiti*, etc., etc.

1930. Premio de P/400, por *Repertorio histórico, bibliográfico y bibliográfico* de don L. González Riquete, y accésit de P/100 por *Notas de viaje*, de la doctora Paz Mendoza-Guazón.

1931. Premio de P/400, por *Del momento hispánico*, de don José R. Teotico, y accésit de P/100 a don Román Joven, por *Crónicas e interviews*.

1932. Premio, doctora Inés S. Villa; su obra, *Filipinas en el camino de la cultura*; accésit, don Vicente Zacarías, por *Retazos*.

1933. Premio declarado desierto; accésit, a don Buenaventura L. Verona, por *El nieto de Cabezang Tagles*.

1934. *Prosa.* Partir entre don Pedro Aunario, por *En el yunque cotidiano*, y don Alejo Valdés Pica, por colección *De la vida.—Verso*, premio también a repartir, entre don Pacífico Victoriano, *Arpegios*, y don Francisco Villanueva, *Trabajo literario.*

1935. Premio, don José G. Reyes, *En aras del Ideal*, y doña Evangelina E. Guerrero, *Kaleidoscopio espiritual.*

1936. Premio, don Benigno del Río; su obra, *El hijo de Madame Butterfly*; don Ramón Escoda, su trabajo, *Canto del solitario*, y don Antonio Cavanna, a quienes se adjudicaron premios en metálico acumulados al de este año, por haberse declarado desierto el concurso correspondiente al del año anterior.

1937. Premio, a partir entre don Vicente Zacarías, *Facetas*, y don Antonio J. Fernández, *Salmos de oro.*

1938. Premio, don Francisco Varona; obra, *Negros.* A partir con don Manuel de los Reyes; obra, *Prontuario de la palabras y frases.*

1939. Premio desierto; accésit a don Rafael S. Ripoll, *Esbozos*, y don Luis Guzmán, *Pigmeos.*

1940. Premio, don Francisco Rodríguez; obra, *Cuentos y ensayos.*

Es indudable que desde 1901, en que se disponía que la lengua inglesa fuera la oficial en los tribunales de justicia, y debido a empeñados empujes de las autoridades americanas por difundir su lengua en las escuelas. de lustro en lustro habrían de sentirse sus efectos. y que. pronto o poco a poco, vendría el decaimiento del castellano. Cuando en 1910 se estableció por el Gobierno la inspección y regulación de los colegios privados. sobre la base del inglés como idioma académico. se dio un paso decisivo en la imposición del inglés: entonces. la Oficina ejecutiva inició la exigencia gradual de que las actas de los concejos municipales se extendieran en este idioma.

La fundación Zóbel era una medida de defensa del habla castellana: al ciudadano se le vedaba el cultivo de cualquier lenguaje; en esta esfera se asentaba el estímulo en la preservación de una lengua considerada secular en las Islas. Los premios Zobel fueron su símbolo.

Evidente era el lento decaimiento del castellano: su final desaparición parecía inevitable; la historia así lo había demostrado en el curso de la civilización en todas partes. ¿Logró la fundación su objeto? ¿Contribuyó siquiera, a detener aquel decaimiento? Los hechos demuestran que un solo organismo o un propósito no bastaría a alterar el curso regular de las cosas; y la lengua

inglesa, así impuesta y favorecida por todos los medios, acabaría por enseñorearse de la situación.

El afán de los padres de familia, en pro de la edución de sus hijos —afán universal, avasallador, sentido aquí más que en parte alguna— y el impulso dado a la enseñanza popular, singularmente desde la acción de la 1.ª Asamblea legislativa (1907), favorable a la edificación de escuelas de barrio, trajo un despertar general en los corazones, lo que el espíriu «industrial» ha aprovechado para que surgieran, como hongos, infinidad de centros educativos particulares; sólo en la capital se han erigido siete u ocho universidades (fuera de la oficial) y docenas y centenas de colegios, con otros centros en provincias, *todos* sobre la base de la lengua inglesa. Todavía es de maravillar que no haya desaparecido el castellano, cuando desde 1920, el histórico Ateneo —alma nutricia de Rizal— se había renovado haciéndose enteramente americano, y la caduca Universidad de Santo Tomás, sintiendo igualmente el vasallaje de la nueva lengua, hubo de transformarse a su vez, a la inglesa, para no sucumbir en la avalancha; sólo así ha logrado sobrevivir... y seguir progresando. Todo ello en medio y al compás del auge de la prensa periódica, sorprendentemente desenvuelta... en inglés igualmente.

En esta agonía idiomática y al cabo de esfuerzos y desaires en los últimos cinco años —casi por arte de birlibirloque— se ha podido lograr que el Congreso

filipino accediese a aprobar la enclenque ley número 343, que promueve la enseñanza del español en las escuelas superiores, contando con ella como mera asignatura en su currículo. Hay, es cierto, una débil reacción, y se harían precisos una activa campaña y renovado esfuerzo por galvanizar un asunto, a que los indiferentes u hostiles vienen cantando el «gori-gori» de las cosas llamadas a desaparecer. Renacen las esperanzas... ¡Ojalá no se malogren!

III. ESFUERZOS POR EL CASTELLANO

11. EL LICEO ARTISTICO-LITERARIO.—Fue una sociedad establecida en 1879. para promover cultura en artes y letras. Era una necesidad generalmente sentida: la organizaron elementos cultos, lo más distinguido de aquella sociedad. Creemos ahora que cuantos los formaron o inspiraron e influyeron en su desarrollo. han pasado a mejor vida; no nos ha sido posible ponernos en contacto con algunos de ellos.

Sólo debemos nuestro conocimiento a Retana, que se ocupa minuciosamente en la *Revista*, órgano de aquella sociedad, en el *Periodismo filipino* y lo refunde y amplía en el *Aparato bibliográfico de la Historia general de Filipinas*.

El bibliófilo español juzga severamente al Liceo y hata se ensaña con su *Revista*, calificando su aparición, de «la más presuntuosa y hasta inútil». Su actitud no

parece justa; ¿por qué? Ignoramos sus motivos. Los comentarios que dedica a ambos —a la sociedad y a su órgano en la prensa— no carecen, enteramente, de fundamento; más aún, se basan en propia confesión. Realmente, antes de 1879, se dejaba sentir la necesidad de la creación de un organismo; la cultura artística y literaria era escasa; faltaba buen gusto; la gente requería espíritu de asociación, promoción del progreso, etc. Surgió la sociedad del Liceo. ¿La formaron elementos sanos y bien intencionados? No cabe duda; tal vez no acudieron, ni siquiera una mayoría de los que debieran ir. Los de dentro, ¿cumplieron con el propósito inicial? Creemos también que sí; que si no hicieron más o no lograron su objeto, no habría sido por su culpa. Pero Retana no se satisface, antes repite e insiste en su crítica. Sea. Alguna razón tendría, si no toda, pues efectivamente la sociedad fue decayendo, decayendo hasta desaparecer al cabo de tres años. En su vida hizo algo, tal vez bastante, y no queremos sumarnos a los que le condenan. Precisamente nos referimos a ella, porque abrigamos la creencia de su positivo servicio en la promoción de las letras y las artes, y porque la existencia del Liceo está asociada con la vida de Rizal; fueron los certámenes del Liceo los instrumentos reveladores al público de la personalidad del Héroe nacional de los filipinos. Sin el Liceo, este pasaje de la presencia de Rizal, en el escenario del país, habría quedado oculto o imposi-

bilitado; de ahí que todos sus biógrafos lo consignan siempre como la primera revelación de su genio en letras, y no una vez sino dos veces: una, en 1879, premiando su oda *A la juventud filipina*, y otra, al año siguiente, 1880, también galardonando su alegoría literaria *El consejo de los dioses*. Por cierto que Retana, al reseñar ambos concursos y para hacer justicia a la conducta del Liceo, dice que sus jurados, a pesar de los prejuicios de su tiempo y el menosprecio al «indio», otorgaron sin vacilación sus laudos al indígena Rizal, primero en competencia con sus coterráneos, y luego, en lucha con los mismos españoles. Nos atrevemos a rectificarle; si bien entre los miembros del Liceo predominaban los españoles o de origen español, parece que los del jurado en ambos certámenes no eran todos peninsulares; en 1880 era secretario de la directiva, José Juan de Icaza, filipino, y al organizarse la *Revista* (1879), su redactor principal, Francisco de Marcaida, otro filipino.

Como prueba de la rectitud del jurado en el concurso de 1880, he aquí su dictamen:

«La idea y el argumento de la obrita son de gran originalidad, a lo que debe añadirse la circunstancia de brillar en toda ella un estilo correcto hasta lo sumo, una admirable riqueza de detalles, delicadeza de pensamientos y figuras, y, por fin, un sabor tan helénico que se figura el lector encontrarse saboreando algún delicioso

pasaje de Homero, que con tanta frecuencia nos describe en sus obras las olímpicas sesiones... Tantas y tan preciadas cualidades han pesado en el ánimo de los que suscriben para, sin discusión ni vacilación siquiera, preferir este trabajo «al marcado con el número 1».

El personal de redacción de la *Revista* (que comprende autores premiados en los concursos del *Liceo*, es como sigue:

«Julia *Moratinos* (poetisa), Eusebio *Alíns*, Lucas (R. de *Vargas Machuca*), B. Gómez *Bello* (poeta), Camilo *Martínez Parra* (íd.), Eusebio *A. Escobar* (poeta premiado), José Juan de *Icaza* (íd. íd.), Gualterio *Marino Seco* (íd. íd.), Nazario *Puzo* (prosista premiado), Antonio *Opiso* (íd. íd.), Mariano *Romasanta* (poeta premiado, indígena), Julián *Arístegui* (prosista premiado), Anacleto del *Rosario y Sales* (escritor científico indígena, premiado), Juan de *Aguirre* (prosista, premiado, filipino?), Ricardo de *Vargas Machuca* (prosa y verso; el que más escribió), Evaristo de *Aguirre* (poeta)), Pedro *Sañudo* (íd.), Albino *Mencarino* (íd.), cónsul de España en Hongkong), Enrique *Gaspar* (Manila, 17 febrero 1879; poesía a Bécquer, leída en la velada de dicho día), Regino *Escalera* (poeta), Vicente *Bas y Cortés*, Pedro *Sañudo* (poeta), Antonio *Morales Durán* (íd.), José *Ramírez de Arellano* (íd.), J. de *Toro* (curioso artículo sobre la hormiga «anay»). Francisco *Gómez Erruz* (pro-

sa y verso), Emilio *Ramírez de Arellano*, Oscar *Camps y Soler*.»

Lo que quiere decir que la labor del Liceo no ha sido inútil, como siente Retana; y en cuanto a si fue *presuntuosa*, podrá haberlo sido, mirando al calor de sus deseos, lo cual solicita absolución de los corazones rectos.

12. RIZAL, LINGÜISTA.—Una reciente y viva contienda —por lo mismo que la encendió y mantuvo la pasión religiosa— sobre si Rizal volvió o no al seno de la Iglesia, «en que nació y quiso morir», trajo a los ojos del público las diferentes facetas de esta protéica personalidad. Por nuestras inclinaciones y simpatías acogimos su fama de lingüista, de políglota, como la más notable cualidad que Rizal debió a la naturaleza; él sintió sus impulsos, sospechaba o adivinaba este don ingénito, y cuando se hallaba en Londres y sus ojos habían tropezado con el anuncio de un viejo frenólogo, no pudo resistir la tentación de someterse a su reconocimiento, resultando que el anciano frenologista le había reconocido como dotado de condiciones notablemente favorables al cultivo de las lenguas. De hecho poseyó la inglesa, alemana, italiana, con rudimentos de la catalana y rusa; además de la tagala (su propia lengua) y de otras filipinas, su idioma literariamente cultivado fue el castellano, con base científica del griego y latín y conoci-

miento del hebreo y árabe, que los estudió al seguir la carrera de Filosofía y Letras. Decimos esto, porque la posesión de variados lenguajes no le estorbó, antes bien, afianzó su penetración del castellano, en el que obtuvo extraordinarias luces; como tal, lo estudiaremos en sus manifestaciones especiales de poeta y novelista.

13. RIZAL, POETA.—Hemos tenido el priveligio de haberle dedicado estudios como tal, quizá con más preferencia que a ningún otro de sus compatriotas. El colector de *Parnaso filipino* —Eduardo Martín de la Cámara— le decía este sintético juicio: «Como poeta, le superan Guerrero y Apóstol.» No podemos compartir este dictado; más bien preferimos aceptar lo que Díez Canedo, comentando la publicación de *Parnaso filipino*: «...en ningún poeta observamos más plenitud de sentimientos (que en Rizal), en su *Ultimo adiós*, ungido ademas con la sangre del martirio.» Cierto que, en caudal poético Guerrero y Apóstol aventajan a Rizal; pero ambos se reconocieron siempre inferiores a él, y no sólo en su calidad como hombres de letras y aun como poetas, por lo que le rindieron devoción y adoración cordial y sin regateos de ningún género. Uno y otro consagraron a su memoria, en distintas y repetidas ocasiones, más de media docena de composiciones notables.

Queremos afirmar aquí que Rizal no solamente es el patriota filipino, por excelencia, sino el primero de sus

portaliras; el cetro de su lírica lo había adquirido en público concurso, disputando con otros de su edad —a los dicienueve años— con su oda *A la juventud filipina*, y aún antes, con su melodrama *Junto al Pásig*, logrando su coronamiento en 1880, por encima de todos (isleños y no isleños), con su alegoría *El consejo de los dioses*, composición irreprochable en prosa poética. No es posible ser pródigo en citas, porque el número de las poesías de Rizal es reducido, y las pocas conocidas —con exclusión de las de su edad escolar— son joyas de perlas, tales como *Me piden versos*, *A las flores de Heidelberg*, *A mí*... (musa), el canto de *María Clara*, los himnos al *Trabajo* y a *Talisay*, el *Canto del viajero*, *Mi retiro* y el *Ultimo adiós*; de este último escribimos un extenso y minucioso análisis, y de él dijo Retana que «el *Ultimo adiós* es lo más notable que en la Literatura universal se ha escrito jamás, en circunstancias análogas».

14. RIZAL, NOVELISTA.—Fue del P. Marín en su *Retórica y Poética*, de quien recordamos haber leído que clasifica «la novela» entre los géneros «poéticos». Lo es, ciertamente; y *Rizal, novelista*, encaja bien en «Rizal, poeta». Y dijimos más de una vez: Rizal era poeta, no sólo en verso, no sólo en la novela..., sino hasta cuando era agricultor y médico en Dapitan, entre plantas y enfermos: poeta siempre.

Pero como novelista... vamos, el poeta sólo se advierte en segundo término, sólo se nota al artista como personalidad que no podía verse sino en su propio arte. Primero era el propagandista; fuera ya de la época de las epopeyas hubo de echar mano del medio más recomendado en sus días, la novela, instrumento de propaganda. Así surgió *Noli me tángere.*

Los detractores del filipino habían consagrado la especie de que aquí no había novela; que no existía materia «novelable»: «cuerpos sin alma», «cerebros sin ideas», «corazones sin pasión»..., tales eran las leyendas en uso, en cultivo y en triunfo. No valía que un Paterno hubiese intentado «novelar» en *Ninay*. ¿Cómo podía Rizal hacer otro tanto?

Poco antes el genio de Luna había logrado extraer de la historia de la Roma antigua, un *spoliarium*; su pincel tuvo el poder de una enérgica evocación; los muertos resucitaban, para morir definitivamente con el permanente estigma de la razón. ¿Tuvo esto alguna influencia en el *Noli me tángere*? Lo uno era más grave y transcendental; lo otro, más reducido, menos pretencioso; se limitaba a un mero «spoliario», mas no por eso menos doloroso, menos inmediato, menos tangible a los sentidos... Y surgió la novela; Rizal creó la novela filipina, según el criterio del pintor Luna.

¿Cuál es el asunto? Un autor filipino, nada sospechoso, ofrece un resumen de él. «Ibarra —dice—, con ser

amigo de las autoridades y del pueblo, no consigue llevar a cabo su sencillo proyecto. En cualquier país un proyecto de escuela recibiría el apoyo de todos; en Filipinas, sin embargo, no sucede así. En la colocación de la primera piedra, alguien interesado en suprimir a Ibarra, se propone causar un accidente del que, por fortuna, éste se libra, gracias a la astucia de Elías. En el banquete que sigue después del accidente, Ibarra recibe insulto de un reverendo, y sin proponérselo, le derriba y le pone el pie sobre el cuello en un momento de arrebato y por poco le hiere con un cuchillo de mesa. Más tarde, *alguien* simula un alzamiento en el pueblo, e Ibarra queda complicado. Una vez en la prisión, consigue fugarse y huir de la persecución de los agentes del orden público, gracias al auxilio de Elías, que sacrifica su propia vida por él.

«Esa es la novela: pero lo que más admira y encanta en ella es la exposición de los tipos filipinos tomados del natural. El extranjero que no haya residido en Filipinas ni puéstose en contacto con los filipinos, no comprendería ni sentiría interés por esos pequeños personajes que desfilan en el libro y retratan la peculiar psicología del *indio*. La rumbosidad, la falsa apariencia, la sumisión y obediencia a los frailes para no ser perturbado en lo más mínimo en su bienestar y comodidad, tienen su prototipo en el capitán Tiago. El gobernadorcillo personifica la nulidad, el despotismo para los de

abajo y la ciega obediencia a los caprichos de arriba. En contraste con esto y como para redimirle encontramos al teniente-mayor don Filipio, que representa la dignidad, el civismo, la probidad en el mando. El P. Dámaso y el P. Salví, son prototipos de la frailocracia de aquellos días. El filósofo Tasio es el hombre educado que sueña en un lejano porvenir, pero tan lejano que no puede alcanzar a verlo, por eso se ejercita en jeroglíficos y escribe para una generación más avanzada.

«Entre los tipos femeninos está María Clara, la idealidad, la poesía, el ensueño puro y virginal, la felicidad en el amor que prefiere recluirse en un convento antes que faltar a su palabra. Sisa es la mujer humilde y sencilla del pueblo, indefensa, víctima de las injusticias sociales. Doña Victorina representa el españolismo *enragé*, «ludibresco», que odia a los indios siendo ella misma una india, y desprecia su traje, su lengua y sus costumbres. Doña Consolación es la mujer impúdica, deslenguada, arbitraria y depravada.

«Elías es quizá el personaje más novelesco del *Noli*, mucho más que Ibarra. Personifica todas las virtudes del aldeano, la gratitud, la abnegación, el sacrificio, la devoción a su país. Está hecho con amor y cariño por el autor. Su pasado, forjado de ignominias, crispa de terror...»

... ...

El mismo autor hace estas reflexiones:

«Nadie puede asegurar si Elías era ficción o realidad. La mayoría de los personajes del *Noli* se pecibe que son bocetos o retratos tomados del natural. Pero Elías sobresale por sus rasgos espirituales, sus contrastes de luz y sombra, el ambiente dramático que siempre le rodea, que diríase no es un modelo calcado de lo real, sino una pura creación alegórica. Es posible, sin embargo, que Elías fuera un personaje que ha vivido, pensado y sufrido como muchos filipinos de su tiempo. Es posiblemente una fotografía, no de ninguna persona determinada, como en los casos de capitán Tiago, doña Victorina, de Fr. Dámaso y otros, sino de un personaje cuyos antecedentes y rasgos de carácter fueron tomados de varias personas a la vez. Las desgracias de Elías no son quizá de una sola familia o de muchas familias, sino que concretan en sí los dolores, las vagas aspiraciones y preocupaciones de su época. Podía ser cualquiera de los amigos o conocidos que seguían a Rizal, que secundaban sus ideas redentoras, que sufrían con él las desdichas de la patria y buscaban con unción y con fe el bálsamo milagroso que había de cerrar las llagas sociales que afligían al organismo de su patria.

... ...

«Elías será siempre una figura admirable, romántica y subyugadora; apelará a todas las simpatías y ternuras del corazón filipino. ¿Qué importa su origen enigmático

y su posición indefinible, cuando es un obrero social que sufre, lucha y se esfuerza por mejorar el presente y alumbrar las tinieblas del porvenir? El será un paria; pero él hará que los demás no lo sean. El cura y el alférez le perseguirán y le maldecirán; pero él, como una sombra, estará presente e invisible a la vez: nada podrán contra él las maquinaciones de los poderosos; él descubrirá todos sus planes y los hará fracasar. Cuando creen tener entre prisiones a Ibarra, Elías le facilitará la fuga y se dejará matar para que aquél pueda estar libre y huir. Elías morirá en una pira, quemado o abrasado para no entregarse a sus enemigos, para que sus restos y su tumba no fuesen profanados. Y así terminará aquella vida oscura y luminosa al mismo tiempo, dejando en el ánimo del suspenso lector un dejo amargo de ironía y de tristeza, ante la memoria de un héroe de la libertad que desapareció misteriosamente en la noche, «sin ver la aurora brillar sobre su patria.»

... ...

«¿Midió Rizal *todo* el alcance de su libro? ¿Presumió que iba a causar tan honda impresión en su país? Supo, sí, que hizo *algo*; guióle un fin más elevado que el de limitarse a escribir una obra de entretenimiento; pero tenemos por indudable que no llegó a imaginarse, al dar la última plumada, que con su *Noli me tángere* iba a conmover el espíritu de su patria, a prepararla para una revolución transcendental.»

Tal fue el *Noli* y el efecto producido. No queremos entretenernos en compilar juicios sobre su mérito literario. La novela tuvo su «continuación» o una segunda parte, cinco años después: *El Filibusterismo*. Su propio autor lo declara, aunque otros opinan lo contrario, especialmente en lo tocante a sus fines. Retana sigue a Rizal, y se declara abiertamente en favor de la primera obra, como pieza literaria, hasta en insistir en que los propósito del autor no son separatistas. Palma, en su biografía, sostiene todo lo contrario; cita revelaciones del propio Rizal a sus íntimos, que descubren sus intentos.

«No es esta segunda obra —escribe Palma— continuación de la primera, como parece dar a entender el autor. La idea sustantiva del *Noli me tángere* cambia, como cambian los personajes y los fines de la obra. El *Ibarra* del *Noli me tángere* no piensa lo mismo que el *Simoun* de *El Filibusterismo*. Se ha operado una gran transición en las ideas del autor, que transmite a sus personajes. Ibarra confía, espera ama. Simoun está desengañado, es escéptico, odia. Ibarra pide reformas, apela a la justicia y a la bondad del Gobierno; Simoun no pide, embrutece, corrompe, incita a la violencia, destruye, se suicida. No, la segunda novela no es la continuación de la primera. Ibarra ha muerto en la *caza del lago*, y ha resucitado, ha resucitado como otro hombre. Cuando una sociedad está corrompida, no hay más que gene-

ralizar la corrupción para precipitar su desquiciamiento y caída.» Así se expresa Simoun y así obra. Amigo de las autoridades y de los frailes, exacerba en unos la codicia para explotar al pobre pueblo y en los otros la falta de caridad, la soberbia, los otros vicios para acabar de extinguir en las muchedumbres el resto de fe y veneración que les tienen. Amigo del pueblo, le excita a la rebelión, le hace ver su miseria, su desamparo, la degradación y envilecimiento en que viven, en contraposición a la opulencia de los que mandan, a las libertades y caprichos de arriba. Simoun tiene entrada en todas las esferas y vierte veneno en todas partes. Se le ve al lado del gobernador general, en los festines y en las casas de recreo y se le ve en las chozas de los menesterosos, y en su casa recibe y se rodea sigilosamente de todos los descontentos, de los que han sufrido alguna arbitrariedad o abuso de los grandes. Es un personaje siniestro, misterioso, serpiente que se desliza en los palacios y en las cabañas, vistiéndose de todos los colores y despidiendo múltiples reflejos. Es la revolución que urde sus proyectos en las sombra, revolcándose sobre los hedores y lágrimas de los desamparados, afilando sus armas detrás de las alegrías de los que gozan, de las risas y fiestas de los déspotas. El Es Rizal que ha perdido su esperanza, su fe en el Gobierno, a quien en vano ha recurrido, a quien en vano ha presentado las quejas de su pueblo; y desengañado de todos, lleno de

pesadumbre, impaciente, ávido de dar el bienestar a su patria, le dice y aconseja que se redima ella sola, que se salve como quiera, ya que no hay redención ni salvación posibles en otra parte.»

Para rebatir la opinión adversa de Retana —la superioridad literaria del *Noli* y el no-separatismo de Rizal— remacha Palma su opinión:

«Desde el punto de vista literario, el *Fili* es, a nuestro juicio, superior al *Noli* en su concepción y en su desarrollo. Prescindiendo del estilo que, indudablemente ha mejorado mucho, hay más unidad en el plan, más vida y carácter en los dibujos de los personajes. El *Noli* padece de la exhibición minuciosa de muchos tipos que están solamente perfilados; salen y desaparecen de la novela sin dejar huella ninguna de su paso. En cambio, en *El Filibusterismo,* los menores personajes tienen una fisonomía definida. Aun prescidiendo de los dos principales como Simoun y Basilio; en uno la energía y la revolución, en otro la tibieza y la vacilación, los personajes secundarios tienen vida y acción, como Penitente, Isagani, Cabeseng Tales, el P. Florentino, el pediodista Ben-Zayb, el jorobado Peláez y don Custodio. Más sentido podrá ser el *Noli* y más pensado el *Fili,* pero esto no le da ventaja a la primera novela, a menos que se considere el sentimiento superior al pensamiento.»

Rizal como novelista, no produjo sino estas dos obras; más inició sin continuar otra en tagalo, no dejando

escritos sino unos capítulos; pero con el *Noli me tángere* y *El Filibusterismo* acreditó ser un novelador de cuerpo entero; tal vez no haya pretendido «hombrearse» con Cervantes ni con Zola y otras eminencias del género en Francia, mas ha cobrado título de ser todo un novelista: estudio psicológico, descripciones, caracterización de personajes, plan artístico, etc., no falta nada en estos trabajos y hasta hay rasgos de vedadera maestría; y, como obras de propaganda, pueden catalogarse entre las mejores que ha concebido el ingenio humano, habiendo influído poderosamente en los destinos de un pueblo entero.

15. VELADAS Y CERTAMENES.—Debemos mención honorífica a las veladas de colegios y certámenes públicos, de carácter literario, como promovedores de la letras. No solía haber registros escritos, pero su influencia, conocida y muy marcada, fue indudable. Apelamos a este móvil, por los efectos observados, como resultado de ellos.

De muy antigua es la fundación de la Universidad de Santo Tomás (considerada y citada por la más antigua en el Oriente (1611), y su hijuelo el Colegio de San Juan de Letrán; así como la llamada de los jesuítas, de San Ignacio, y luego, Colegio de San José; más tarde (y ya después de la expulsión de los padres), la apertura del famoso Ateneo Municipal. Fuera de Manila, los semi-

narios de Cebú, Vigan, Cáceres y Jaro, todos dirigidos por los padres Paúles. Estos centros solían celebrar veladas literarias, ya en los días de apertura o cierre de curso, la celebración de un aniversario, visita del obispo, fiesta de su patrona, etc. Profesores y alumnos rivalizaban en mostrar sus adelantos o aptitudes en letras: de muchos casos, conocimos a hombres que luego se hicieron célebres, que habían tomado parte como autores o actores en tales actos. Esto, en lo que respecta a veladas.

Los certámenes públicos fueron todavía de mayor alcance en la cultura. Ya en nuestros días —y ha llovido bastante desde entonces— la promoción al cardenalato del P. Ceferino González, motivó uno de ellos; en Ciencias y Literatura los nombres de A. del Rosario y A. Luna, para no citar muchos, surgieron como anticipada revelación del valer de estos personajes. El centenario del descubrimiento de América dio lugar a otro; españoles y filipinos emularon entre sí. Otros centenarios, el de Santa Teresa, San Juan de la Cruz y San Francisco de Borja se celebraron con certámenes de artes y letras, también para ambos pueblos, español y filipino, compitiendo entre sí.

Esto último con un recuerdo imperecero para nosotros (1895), por una poesía de Guerrero, premiada, que fue criticada por un periodista, dando margen a una célebre polémica que había apasionado a los estu-

diantes, durante un período de dos meses... Séanos lícito recordar lo que un poeta impresionista escribió:

«Entre tanta polémica sin tino
como se entabla en nuestra escasa prensa,
por críticos de esos que critican
sin razonar ni nada lo que expresan,
agrada contemplar cómo discuten
dos que razonan en campal polémica,
arguyendo el porqué de lo que alaban
y diciendo el porqué de lo que «pegan».
Por eso, cuando contra la corriente,
hay un crítico bueno que «navega»,
y se bate con otro, que acertado,
se lanza, airado, a personal defensa,
da regocijo contemplar los buenos,
y recordar los malos, ¡da vergüenza!»

Aquella polémica hizo época. Los contendientes —uno español y otro filipino— quizá sin pretenderlo, sacaron a plaza sentimientos... de razas antagónicas.

IV. PERIODO DE FLORECIMIENTO

16. «LA INDEPENDENCIA»; «REPUBLICA FILIPINA».—El año de 1898 fue el de la guerra hispano-americana; fue también el de la pérdida de la soberanía española sobre Filipinas.

En el anterior ocurrió el interregno de la insurrección, con el hecho designado históricamente por el «pacto de Biak-na-bató». Con el conflicto hispano-americano se reprodujo la resistencia filipina a la dominación secular a mediados de 1898; la toma de Manila por Norteamérica, en cooperación con Aguinaldo, dio lugar al surgir de la prensa netamente filipina, con la creación, primero, del diario *La Independencia*, y la de la *República filipina*, después. Hasta entonces el elemento filipino sólo había tenido manifestación esporádica en los periódicos españoles. Habían hecho sus primeras armas un escaso número de isleños, bajo los auspicios de aquel

bondadoso veterano de la prensa, J. Felipe del Pan, con cuyo patrocinio se dieron a conocer Isabelo de los Reyes, Juan Caro y Mora, Mariano Ponce, Pascual H. Poblete, y en publicaciones religiosas, Manuel Rávago, así como en el diario *La Opinión*, los hermanos Fernando y Felipe Calderón.

A la sombra del general Luna (A.), se agrupó el más brillante plantel de literatos jóvenes, con los hermanos Salvador y Mariano V. del Rosario, Rafael Palma, los poeta Guerrero (F.) y Apóstol, los historiógrafos C. J. Zulueta y E. Santos, José C. Abreu y con la colaboración de señoritas como Rosa Sevilla y Florentina Arellano. Las primeras hojas del periódico (que vieron la luz en septiembre) esparcieron la duda (más en España que en el país), de que los filipinos fueran capaces de sostener por sí solos un diario; los hechos demostraron todo lo contrario, y la página periódica, por su contextura literaria y su habilidad y discreción políticas, se encargaron de llevar el convencimiento a todas partes. El éxito de esta publicación justificó su popularidad, a la vez que servía, dentro y fuera de las Islas, como argumento evidente de la capacidad política de los isleños a gobernarse por sí mismos.

Los jóvenes parecían haberse adueñado de la situación en la capital. El elemento viejo no quiso ser menos; y alrededor de la conocida experiencia de Pedro A. Paterno, fundaron el diario conservador, *República*

filipina, con elementos algo avejentados, como León M. Guerrero, Manuel X. Burgos, Luis y Manuel Guerrero, que contaron con la colaboración de veteranos en ciencias así eclesiásticas como jurídicas y médico-farmacéuticas.

Y no se diga que sólo en Manila se hacían estas manifestaciones literarias: que mientras los adictos a la Revolución publicaban sus disposiciones en órgano oficial conocido por *Heraldo de la Revolución*, un núcleo en Cebú sacaba a luz *El Nuevo Día*, y en Iloilo, *El País*, ambos que no desmerecían del crédito de los de Manila sino que le servían de complemento. Poco después, y con la ruptura de relaciones entre americanos y filipinos, los historiógrafos Zulueta y Santos, aprovechando la imprenta que los agustinos tenían en Malabón, quisieron sacar una revistilla literaria, bajo el nombre de *Malasia*, que no vivió sino pocos días.

El empuje que tales publicaciones dieron a mentalidades literarias no cesó en el afianzamiento de la soberanía americana, antes continuó con órganos de diferentes títulos en la prensa, según surgían los partidos, mereciendo citarse por su calidad y campaña, el famoso *El Renacimiento*, donde R. Palma recogió a los supervivientes de *La Independencia* y *República filipina*.

La inevitable marcha del progreso y el contacto con pueblo tan adelentado en industrias, lejos de detener el adelanto bajo el natural trastorno de soberanía, lo

ha impulsado grandemente, importando linotipias y rotativas a la moderna, cosa que aprovechó aquel emprendedor que se llamó Alejandro Roces, instaurador de la prensa-industria, bajo el cuño de su popular *T-V-T* (*Taliba, Vanguardia, Tribune*), que tuvo un *pendant* en aquel otro emprendedor, Vicente Madrigal, fundador de *D-M-H M* (*Debate, Monday Mail, Herald, Mabuhay*), también trilingüe, que partiendo del órgano español y pasando por el tagalo, acabó en el inglés, digno coronamiento en la evolución de nuestra prensa, que hoy ostenta tal auge que no tiene que envidiar éxito igual en país alguno progresivo.

17. GUERRERO Y APOSTOL.—Aunque E. Martín de la Cámara, al agavillar el *Parnaso filipino* (1922) y comentar la personalidad de Rizal, había consignado que, «como poeta», le superan «Guerrero y Apóstol», éstos nunca se habían sentido «superiores» a aquél; de hecho, en su caudal poético respectivo, dedicaron buen número de composiciones a la memoria del Mártir y Patriota —y son de lo más hondamente sentidos—; le «superaron», sí, en calidad, y aun se podría admitir que en técnica, realmente ambos poseyeron la suya propia en perfección insuperable, tan insuperable que Apóstol, las veces que hubo de referirse a Guerrero, le llamaba «el perfecto», gramatical y poéticamente considerado. Y Apóstol era otro perfecto, como Balart, de quien el Pa-

dre Blanco García había afirmado que «no se le escapan los más leves perfiles del verso».

Guerrero y Apóstol eran contemporáneos; y si bien uno había venido al mundo cuatro años antes que el otro (1874 y 1877, respectivamente), casi se reputaban coetáneos; Guerrero, sí, se había dado a conocer con alguna anticipación; cuando en 1895, Apóstol había declamado en el Ateneo su *El Terror de los Mares Indicos* (su primera epifanía), ya Guerrero era el *O'fredan* favorito de los lectores de la *Revista católica*, y algunas poesías que produjo, luego, en *La Independencia*, se habían publicado ya en el *Diario de Manila*, tales como las filigranas, *Mi Patria* y *A Filipinas*.

Mas en el referido año de 1895, el Ateneo municipal quiso celebrar el centenario de San Francisco de Borja, entre otros festejos con certámenes literarios, en prosa y verso; a éste, bajo el tema «Borja ante el cadáver de la emperatriz doña Isabel», acudieron ambos (Apóstol y Guerrero, los únicos) sin saber uno y otro que eran contendientes. El jurado otorgó el premio a la composición de Guerrero; era indisputablemente la mejor por encajar bien en el tema; su asunto —una oda— era esencialmente «lírico», én lo cual ya antes, ya después, Apóstol jamás había intentado sobreponerse a su competidor. La oda de Apóstol que pudimos apreciar luego, era más bien descriptiva, tenía un sabor «epopévico», que era su fuerte. Más tarde, en 1.° de noviembre, 1898,

triunfante ya la Revolución, nuestros apolonidas, cada uno por su lado, cantan a un tiempo: Guerrero en la elegía *In pace*, y Apóstol en sus insuperables *A los Mártires anónimos* y *Al Héroe nacional* (Rizal). Desde entonces las preferencias de los entendidos fueron en favor de Apóstol; Guerrero no ha producido nada que pudiera rivalizar con estas poesías maestras. Todavía volvieron a «hermanarse» nuestros portaliras, al ponerse en boga los *balagtasan*, en correspondencia lírica (más bien epopéyica), cantando (G.) *la mañana*, (A.) la siesta (G.) la tarde y (A.) *la noche*; como el asunto era descriptivo, la palma se la otorgó Recto a Apóstol. Cada cual en su puesto: Guerrero con el cetro de la lírica, Apóstol calzando el coturno de la epopeya; así los ha estudiado en tesis de grado la señorita Alicia José, concediendo a cada autor la esfera correspondiente, no rozándose, no rivalizando, sino ejerciendo cada uno su propia soberanía.

¿Nos será lícito demostrar nuestras preferencias? En el caso de Guerrero, las poesías *A Filipinas*, *Mi Patria*, *Bajo las cañas*, *Altivez*, *La bandera*, *Ilang-ilang*, *Copa Bohemia*, *A Hispania*, *Marcha fúnebre de Chopin*; todas ellas figuran coleccionadas en el libro de oro *Crisálidas*; por Apóstol, en *Pentélicas* (título afortunado que debemos a Recto, al reunir las obras de éste), ocho poesías a Rizal (*Al Héroe nacional*, *Rizal*, *Al Mártir filipino*, *Laudanzas al Héroe*, *En la cumbre de la inmor-*

talidad, Líneas actuales, Ante la estatua de Rizal y *El Sol de la Independencia*). *Pentélicas* concentra lo mejor de Apóstol, como lo acreditan, *El Terror de los Mares Indicos, A los Héroes anónimos de la Patria, La siesta, Gratitud, Upon reading the quatrain, Mi raza, Excelsior,* y más que todo, *Sobre el plinto* (en homenaje a Mabini). Sobre esto es interesante lo que Recto escribe al final del estudio crítico, o Pórtico con que abrió *Pentélicas*: excusemos reproducirlo por su mucha extensión. Allí invoca Recto el recuerdo de la divinidad, en el proceso de la creación, durante los siete días bíblicos.

18. POLEMICA EN SONETOS.—Es el único caso en nuestras literarias crónicas en que se haya entablado una contienda en verso; modernista en el tono y en sonetos alejandrinos.

Lo recuerdo con placer y admiración, por haberme correspondido un papel de mero espectador. Tocóme preparar la celebración del «Día de Rizal», de 1908, para lo que, entre otros festejos, ideé un certamen para escoger y premiar un himno escolar en honor de Rizal. Se presentaron más de cuarenta composiciones (número casi liberal dada nuestra inopia poética) y el jurado, constituído por bien competentes literatos, había escogido para premio el himno cuyo lema era *Spes*. Resultó ser su autor Jesús Balmori. Cometábase que nuestros

mejores poetas habían acudido al concurso, entre ellos Apóstol y Bernabé.

Un día apareció en la prensa un artículo con la firma de *Aristarco*, con censuras para el jurado y el himno premiado; poco más tarde, en la revista satírica *Lipang Kalabaw*, aparecieron unos *Dardos en verso*, desahogada parodia del himno, en metro y gracejo de lo premiado, mas poniendo en la picota a cuantos actuaron en el himno.

¡*Tú dixisti*! En el diario *El Renacimiento* (un sábado) Balmori salta con el primer soneto de la polémica, *Noli me tángere*. La alusión parecía dirigida a *Aristarco* (Apóstol), que a la semana siguiente y en el mismo periódico se despacha con un soberbio *Ave, Imperator* (también soneto alejandrino). Otra vez replica Balmori con ¡*Vae, Victis*!, puñalada florentina, a que *Aristarco*, en su propio rango y fina literatura, corresponde con *Stulticia viétri*, que ya denuncia un giro no agradable.

Todo bien parlado, personalismo puro, rasgos de ingenio, pero... nada entre dos platos. Así vino a declararlo *Aristipo* (Guerrero), en igual soneto, titulado *Ramo de olivo*; otro más *Pax vobiscum* por *Radamés* (S. Roses), que terció o «cuarteó», para dar por terminado el conflicto, que se cerró finalmente con *Post litem*, del propio Aristarco.

19. EL «MODERNISMO» ENTRE NOSOTROS.—A principios de siglo nos trajeron auras de «modernidad», de España y la América Latina, en las poesías de Salvador Rueda y Rubén Darío, los promotores de la escuela en uno y otro hemisferio. Cámara, en *Parnaso filipino*, menciona influencias de Jean Boreas y tal vez de los «parnasianos» de Francia, con Catule Méndez por corifeo. Entre nosotros, parécenos que Pepe Palma fue uno de los primeros en sentir la influencia y asimilársela, en prosa y en verso; su volumen de *Melancólicas* no nos desmentirá; su descripción *Tondo en fiestas* (1895), lo denuncia con el título mismo. No vale calificarle de «poeta de estro enfermizo».

Era aquella la época de mayor auge de nuestros apolonidas; naturalmente, a Fernando Guerrero le tocaba ir de vanguardia; dígalo si no su soberbia *Marcha fúnebre de Chopin*, que rivaliza con la *Sonatina* que principia:

«La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa?»
—de Rubén Darío—. Andando los días (y unos pocos años), Guerrero produjo una breve y típica canción, *Copa bohemia*, modelo del género en fondo y forma.

El maestro reunió a los jóvenes aficionados, en círculo literario denominado, como un dorado librito de Anatole France, *Jardín de Epicuro*; los epicúreos de Guerrero eran modernistas *enrage*: Sixto Roses, Feliciano Basa, José R. Teotico, Flavio Zaragoza, Alejo

Valdes Pica, J. Hernández Gavira (autor del tomo de versos *Jardín Sinfónico*, que prologó el maestro), Jesús Balmori... Los nombres que no acuden a nuestra memoria, no los rechaza la voluntad, según feliz expresión de Pellicena. Retana, en su *De la evolución de la Literatura castellana en Filipinas*, trae un catálogo más completo.

No incluímos a Apóstol, ni Bernabé, ni Recto, cuya educación clásica los preservó de las novelerías del modernismo; no dejaron, sin embargo, de sentir su empuje; en el caso de Apóstol, sus poesías *La siesta*, *Flor de cieno* y *Elogio del poeta* lo revelan.

Nuestros modernistas sacaron a plaza la revista *Domus aurea*, bonito y expresivo título, que no vivió sino pocos meses.

Merece cita aparte Lorenzo Pérez Tuells. El solo puede representar la escuela. No recordamos composición suya concebida fuera del género; produjo poco, pero todo ello dentro de los cánones más genuinos del modernismo: elección de asuntos, estilo, tendencia, simbolismo, alegorías... Nadie, entre nosotros, ha cultivado el género con tal devoción, fortuna, perseverancia, atrevimiento y genio, como Pérez Tuells. Publicó alguna de sus poesías en *Renacimiento filipino* (la revista); dirigió por algún tiempo *Excélsior*, donde dio a luz algunas; y de tiempo en tiempo, aquí y allá, su pluma ha dejado reguero de belleza, y luz, y buen gusto..., mas

todo ello, en un período de quince o veinte años, no suman cien títulos. En unión con un pariente suyo, me apliqué a reunir sus composiciones, deseando hallar un editor: en este empeño nos sorprendió la guerra que convirtió en cenizas todo lo agavillado con dificultad; ahora es imposible recobrarlo, pues ni el mismo autor posee el acervo antes reunido. *Parnaso filipino* no inserta sino seis composiciones de Pérez Tuells, y no todas de las mejores o representativas.

A propósito, Federico García Sanchiz, el genial «charlista» y académico, la primera vez que estuvo aquí, se enamoró de una de las *Pasionarias* de Pérez Tuells; la copió, se la llevó consigo; y cuando tuvo la ocasión de recorrer las Américas en viaje de turismo literario, dio a conocer el «soneto en alejandrinos», del poeta filipino —nuestro conspicuo modernista— y es fama que allá fue recibida la *Pasionaria* como joya de oro recogida en las Islas y apadrinada por tan inteligente y original literato, como el académico García Sanchiz. También es académico ahora, de la Academia local, correspondiente de la española, nuestro egregio Lorenzo Pérez Tuells.

20. CLARO M. RECTO.—Le dedicamos capítulo aparte o párrafo separado del montón. Lo merece. Es nuestro primer hablista en español; aventuramos el epíteto hace quince años, y en todo este tiempo no ha sur-

gido un rival suyo. Poeta y prosista o prosista y poeta —no acertaríamos a escribir cuál sea lo más preferente—. Como poeta, a los 21 años su volumen de versos *Bajo los cocoteros*, que dice su «filipinidad», además de su «hispanidad». Apenas escribió otra cosa después como no fuese su magistral *Elogio del castellano*, premiado en concurso público, a propósito de la inauguración de la Casa de España (1917). Me equivoco: concibió por aquellos días *Mi choza de nipa*, delicada tiernísima «pintura» que puede rivalizar, en contraste con *Mi retiro*, de Rizal; leídas ambas, un corazón filipino no sabría cuál preferir; lo soberbio del país, su majestad, están en Rizal; lo tierno, lo hondo, lo patético, en Recto. *Mi choza de nipa* se concibió hacia 1922; un poeta japonés, que entabló sentimientos con Recto, durante la ocupación, le pidió algo «patético»; él, Recto, se acordó de su «choza»; la exhumó de una *morgue*, y comenzó a manipularla, manipularla, hasta dejarla «lisa y sin asas»; resultado: una poesía casi nueva, la choza rediviva; ahora puede tomarse como la mejor poesía de Recto.

Dijimos que casi desde 1914 Recto arrinconó la lira. Tenemos hoy a Bernabé por «poeta nacional». Sin disputa, Recto es nuestro primer hablista y es también el primer prosista castellano en Filipinas, desde que dio a luz *Monroísmo asiático* y otros ensayos; y, especialmente, después de la prodigiosa necrología de Quezón (1946)

y las otras de Roxas y Aquino (1948), no hay quien le arrebate de las manos el cetro de oro de la prosa y de la oratoria.

Es miembro de la Academia filipina desde 1923: y cuando Palma, siendo director de ella, veía las orejas del lobo, quiso transferir la dirección a Recto; nadie se habría opuesto; *el Dignum et justum ets* habría sido su consagración.

21. EPIFANIO DE LOS SANTOS CRISTOBAL.—He aquí un escritor de cuerpo entero, uno perfecto. No puede decirse otro tanto de ningún filipino que haya manejado la pluma. ¿Que cómo se las componía Santos para escribir con la perfección que lo hacía? Sólo él poseía el secreto; muerto él, con él se lo llevaba a la tumba. Era esto tanto más maravilloso cuanto que *Panyong* —así le conocíamos en confianza— era desgarbado en el vestir y el decir, hasta tartamudeaba; no cuidaba de sus ideas, que brotaban de sus labios desordenadamente. Tratándole, personalmente, se diría que era incapaz de concebir nada a derechas. Y, no obstante, éste era el escritor perfecto; nadie había alcanzado la perfección de él; era nuestro mejor hablista (más que hablista, «estilista») en lengua castellana; ni antes ni después ha habido quien le superase, ni siquiera que se le igualase; por eso, Retana, que no tenía inclinación a ser benévolo ni mucho menos ser exagerado, escribió de Santos al dedi-

carle su *Teatro en Filipinas*: «Preciado ornamento de la cultura filipina.»

Vivió poco: no más de 42 años; no tuvo como otros, oportunidades de acudir a colegios y bibliotecas; asistió, sí, a las clases de bachillerato en el Ateneo municipal, y a las de derecho en la Universidad de Santo Tomás; lo demás lo adquirió por su propia cuenta y esfuerzo... y pudo aspirar a ser todo un polígrafo, de cuya estirpe tuvimos pocos: Rizal, Pardo de Tavera; tal vez Paterno...

Alguien comentaba la frase de Cáraves, aplicado a Arellano, que como hombre de ciencia, era tenido por «El Menéndez Pelayo del Extremo Oriente». Oyólo Pellicena e hizo este comentario: «Quien pretende ser un Menéndez Pelayo es Epifanio Santos.» Ignoro el fundamento de la especie; mas las obras de Santos, si no alcanzan la profundidad y universalidad de las del polígrafo español, se le iban a los alcances.

Santos poseía la virtud de la perseverancia y la minuciosidad; no emprendía un trabajo sin examinar el asunto en todos sus aspectos; así dio cima a monografías completas en su género, casi insuperables: tales, sus estudios sobre Andrés Bonifacio, Emilio Jacinto, Marcelo H. del Pilar, Balagtás y su «Florante», Trinidad H. Pardo de Tavera; difícil es hallar un rasgo inescrutado; son obras permanentes, con vistas a la inmortalidad. Todavía al morir —que ocurrió súbitamente en

1938— había dejado inédita otra monografía: *El general Aguinaldo y su tiempo*, en que hay mucho que estudiar y no poco que admirar. Aun en los comienzos de su vida literaria, creemos que fue su epifanía crítica (1895), le oímos leer en nuestra modesta «academia». un trabajo completo sobre el P. Coloma (novelista entonces en boga), el cual escrito no se publicó, y ahora puede darse por perdido.

El catálogo de sus escritos, casi todos breves pero sustanciosos, fatigaría la memoria. Su especialidad fueron la bibliografía y crítica histórica: no hizo volumen, como la *Biblioteca filipina*, de Pardo Tavera, mas lo que no va en cantidad se aprecia por su calidad. El *cholar* americano Worcester solicitó de él ayuda para un trabajo histórico sobre el cólera morbo asiático, y *Panyong* le sorprendió con uno bien documentado, que aquel incorporó a su folleto. Retana le debió innumerables datos con que exornó su voluminoso libro *Vida Escritos del Dr. J. Rizal*; el propio Retana, que «heredó» del P. Clemente lo agavillado en años, para reimprimir los *Sucesos de las Islas Filipinas*, de Morga, pidió a Santos —muy amigo suyo— notas para la obra, ... Santos «se arrancó» con *cinco*, que no son meras notas», sino monografías, acerca del alfabeto filipino, la poesía, la música, la minería y la honestidad de la mujer, que estamos tentados a decir que son lo mejor de la edición Morga-Retana, de 1910.

Como historiógrafo, Santos estaba dotado de un don creativo; en 1911, siendo miembro del jurado del certamen del centenario de la invención de la imprenta, se le encargó que escribiese el laudo: tomó la personalidad de Pimpin (el primer tipógrafo filipino), y lo que Santos pudo «adivinar» en el personaje fue tan nuevo y tan vivo, que es lo más interesante que de Pimpin se sabe; el impresor nativo ha revivido con vida inmortal, gracias a la pluma e imaginación de Santos.

En prólogos solamente ha esparcido aquí y allá una porción de observaciones en cien partes de nuestra historia literaria, que son otras tantas ilustraciones preciosas. Así en la obra de Miss Norton (*Builders of a Nation*), en *Palomicas de mi palomar*, de F. A. de la Cámara, en *La vida de nuestros pueblos*, de Nieva, y en *Efemérides Filipinas*, de Ponce y Veyra.

Dijimos que fue nuestro mejor hablista e hispanista en sus días. Tal vez Guerrero, el poeta, ostentaría mayor riqueza en léxico; mas Santos era más castizo en giros y usos de palabras, y su entonación, su «decir», su gusto, eran genuinamente castellanos, a pesar de poseer el tagale (quizá más que Rizal) y haberlo cultivado a fondo, como lo evidenció en sus estudios de la lengua en las obras de Balagtás y Del Pilar. Palma, en el breve trabajo que dedicó a Santos, dice que su estilo literario era «peredano», que era como decir clásico de la edad dorada, tan clásico a lo Cervantes, por-

ue el P. Blanco García, al laméntar que no se volviera producir otro *Quijote* en el siglo XIX, estampó que, no obstante, se había escrito *Sotileza* (de Pereda), que no repudiaría el inmortal Manco de Lepanto».

¿Descendería Santos en línea recta de la progenie de ervantes?

22. BERNABE, POETA NACIONAL.—Se le ha cedido la corona de tal, este año 1950. Fue obra de la Universidad de Santo Tomás; pero la aceptación del título es general; diremos mejor, universal. A Balagtás nadie le disputa el cetro, como príncipe del Parnaso tagalo; Bernabé es el primer poeta nacional proclamado en castellano.

Su educación clásica se ha evidenciado en la versión el *Rubayat*, del poeta persa Omar Khayyam, y en *The reation*, de Hydin. Su traducción del canto a Celia Balagtás), en impecable romance, le da crédito singular. La Universidad de Santo Tomás no ha realizado sino un cto de reconocimiento y justicia.

Los años 1926-1936 fueron una dorada época en nuestras letras, en que Balmori y Bernabé popularizaron, entre nosotros, los repetidos *balagtasan*, ante públicos inteligentes.

Antes, Bernabé venció en certamen abierto a sus émulos, con su soberbio epinicio *Zapote*; y en el terreno religioso, con su notable himno al Corazón de Jesús,

que contribuyó a su popular entronizamiento. Estos otros de su estro sólido, macizo, se hallan consignados e su libro *Cantos del Trópico* (1939), que encierra lo mejo de su tesoro poético. ¡Ah! y hay que oírle declamar en lo cual es insuperable.

23. EL POETA HUMORISTA.—Tal fue Jesús Balmori, cuya pérdida lloran las letras filipinas, hace dos años. Humorista o más bien satírico, a que le daban título sus celebradas *Vidas manileñas*, mantenidas diariamente y, por años, en *La Vanguardia*. Esto constituye el fondo de su popularidad. Tan del gusto del público fueron aquellas *Vidas*, que eran lo primero que buscaban los aficionados, no bien tenían en la mano el periódico. Balmori, en este respecto, era todo un Taboada, injerto en verso; porque las *Vidas*, de Balmori, se habían ofrecido constantemente al lector, en «traje de fiesta», para usar una expresión de Campoamor. La sátira se desprendía de los puntos de su pluma, natural y espontáneamente.

No era un maldiciente a lo Villergas; más bien un alma gemela de la de Quevedo.

Cuando la guerra mató *La Vanguardia*, el genial *Batikuling* se refugió en *El Debate*, escribiendo también al día *Berzas y versos*, del corte de *Vidas manileñas*. Pasada la guerra, en *La Voz de Manila*, reaparece *Batikuling*, dejando oír *Mi voz*, la voz del humorista de siempre.

Esto representaba su producción habitual. No se diga, sin embargo, que no escribía en serio; el poeta era solicitado siempre, en toda ocasión importante. En 1908, según mencionamos en *Polémica en sonetos*, tomó parte en el certamen para un «Himno escolar» a Rizal, y ganó el premio, derrotando a más de tres docenas de competidores, y no sólo obtuvo el primer puesto, sino también el segundo y el tercero, escalando sobre todos ellos una altura tres veces mayor. De aquel certamen se originó su polémica ya citada en sonetos, con Apóstol; desde entonces se dijo que no había concurso en que Balmori fuese derrotado.

Popularizó con Bernabé los llamados *balagtasan* (derivación del nombre «Balagtás», el príncipe de los poetas tagalos). Entre los dos debatieron poéticamente sobre el *Recuerdo* y el *Olvido*, sobre la *Mujer antigua* y la *Mujer moderna* y sobre el *Hombre* y la *Mujer*.

En concurso Zóbel o de la Mancomunidad, se le adjudicó otro galardón, por su colección *Mi casa de nipa*, poesías de genuino sabor local, que luego imprimió.

Si Balmori no hubiera fallecido con anterioridad a 1950, habría quedado dudosa la coronación de Bernabé como «poeta nacional»; críticos y público habrían vacilado a quién preferir entre los dos; ya antes, en vida aún del gran Apóstol, al cabo de un balagtasan Balmori-Bernabé, aquél los había proclamado iguales en su magistral Post-ludio.

24. FILIPINAS EN LETRAS.—Consideraríamos incompleto el cuadro de los cultivadores de letras, si no mencionáramos a compatriotas mujeres. Ni Rizal, en plena campaña progresista (1889), pudo prescindir de ellas, habiendo dirigido a las «dalagas» de Malolos su memorable epístola. Ya al tratar del diario *La Independencia*, recordamos a dos de ellas; era propio hacerlo, pues la mujer, desde el capítulo del «matriarcado», de Paterno, hasta el gobernador Forbes, que la consideraba el mejor «hombre» en Filipinas —expresión a usanza sajona— real y efectivamente es la bella mitad humana, más que copartícipe del hombre.

La familia Guerrero es ejemplo edificante. Corinta Ramírez, directora que fue del colegio de Nuestra Señora de Guía (tía del poeta Guerrero) y Araceli, hermana de éste, poseyeron discreta cultura literaria, habiendo sido colaboradoras de revistas religiosas. Una cebuana, la doctora Inés Villa, obtuvo su doctorado en letras por la Universidad Central de Madrid, desarrollando la tesis *Filipinas, camino de la cultura*; y otra, también cebuana, María Luga (Marina), durante varios meses estuvo escribiendo semblanzas femeninas, en los sabatinos de *La Vanguardia*, las que editó reunidas en volumen con el título de *Lo que dicen ellas*.

Por encima de ellas y ofreciendo singular relieve desde gran altura, se irguió la figura de Evangelina E. Guerrero, hija del poeta de este nombre y nieta de aquel

›pular periodista español que se llamó Francisco de Entrala, de quien Retana hizo afectuosas reminiscencias en *El periodismo filipino*. Nuestra Evangelina descendía, por tanto, de literatos; mas ella se elevó en rango por propios méritos. Escribió versos y prosa poética, siguiendo de cerca a su progenitor, el Tirteo filipino. Dirigió la revista literaria *Nueva Ruta*, que recogió lo mejor de su estro e inspiración.

Tal era su bagaje en letras que la Academia filipina, correspondiente a la Real Española, la eligió académica —la única mujer designada entre todas las Academias correspondientes—; pero la Guerrero Zacarías (que casó con otro poeta), rehusó ingresar en la corporación y falleció, hace un año, sin hacer efectiva su elección de académica. No obtuvo un premio Nóbel como su congénere en letras *Gabriela Mistral*, de la América hispánica; más la excedió en haber llegado a las puertas de una Academia literaria.

En el *Parnaso filipino*, editado por Martín de la Cámara, se mencionan y se publican trabajos de otras escritoras filipinas.

V. MISCELANEA LITERARIA

25. EMBAJADORES CULTURALES.—De tal se ha alificado la presencia que, de tiempo en tiempo, se ha bservado de conspicuos españoles, todos o casi todos, ombres de letras.

Apenas extinguidos los sentimientos de hostilidad que rajo la guerra de independencia, apreciamos la visita le don Salvador Rueda (1909), entonces considerado el oeta nacional de España. Rueda permaneció varios días n Manila y se trasladó a Iloilo y Negros. De su paso ejó rastros en sonetos y su presencia dio lugar a manifestaciones literarias en veladas y banquetes, habiéndose recogido, a iniciativa del Casino español, cuanto se ha expresado en el volumen *Salvador Rueda en Filipinas*. No queremos dejar de consignar que, obsequiado el poeta en la residencia de otro poeta local —Bernabé— en Parañaque, improvisó una inspirada composi-

ción bajo el poético título de *Cadena de amor*, flor as simbólica que no recordamos se haya publicado; pc seíamos su autógrafo, que se había conservado en u cuadro, en el departamento de español, Universidad d Filipinas, autógrafo que fue destruído por la impiado guerra.

De paso Blasco Ibáñez, el genial novelista, admira mosle, y también Bonilla San Martín, académico y filó sofo erudito, quienes obsequiaron al público ilustrand con breves chispas de sabiduría, dejando rasgos de s cultura enlazados con nuestros recuerdos.

Por razones profesionales, estuvo aquí algunos día el académico de la de ciencias morales y políticas R. Martín Lázaro, orador fecundo, que ganó nuestra ad miración en banquetes y conferencias.

Creemos que el original «charlista», Federico Garcí Sanchiz, vino por propia iniciativa; se le admiró e algunas de nuestras Universidades, donde exhibió s inimitable buen-decir. Otro tanto hizo don Conrad Blanco, también de modernísima escuela en el recitado poeta y maestro en su arte.

Comisionados por academias y corporaciones científi coliterarias, tuvimos a los señores Julio Placios y Ge rardo Diego, el uno especializado en ciencias físico-qu micas, y el otro, poeta y crítico literario y de arte plásticas, cada cual abriendo cátedra en las Univers dades del Gobierno y de Santo Tomás. Palacios estan

bó sus memorias en *Filipinas, orgullo de España*, discreteo juicioso que revela buen natural y no escasa cultura literaria. Además, don Camilo Barcia Trelles, miembro del Tribunal Internacional de La Haya, nos hizo partícipes de su ciencia y experiencia en audiencias públicas. Hacia 1936, estuvo igualmente entre nosotros el crítico y poeta E. Díaz Canedo, cuya presencia coincidió con la entrega de toda una biblioteca española donada por su gobierno y constituyó el depósito en la Univesidad de Filipinas, la *Sala de España*, con que se la designó.

Con carácter más bien industrial que político-literario, vino a su vez don Federico Santander, que hizo el viaje casi enteramente por tierra desde Europa a Filipinas, con excepción de la travesía Hongkong-Manila. Debemos agregar a todos estos actos de cordialidad internacional, el viaje de exploración aérea, Madrid-Manila, realizado por los aeronautas Estévez, Lóriga y Gallarza, que han estrechado las relaciones de nuestro país con su antigua metrópoli, España.

Y ya en el psicológico momento de celebrarse nuestra independencia nacional, vino a representar a España su ministro don Antonio de Goicoechea, con cuya presencia se renovaron mutuas expresiones literarias, con las que se consolidaron nuestros afectos. Con igual propósito y afecto, queremos registrar la reciente visita del egregio huésped P. Manuel Suárez, personalidad aso-

ciada con los fundadores de nuestra vieja Universidad de Santo Tomás, así como las del Dr. Carlos Blanco Soler y Esteban Roldán Oliarte, especializado el primero en secretos de literatura y arte, y perito periodista el segundo, que se interesa en asuntos culturales y a quien deberemos un interesante libro sobre Rizal, que será presentado como *Caballero de la Hispanidad*.

Todo ello, si no estrechamente ligado con el desenvolvimiento de las letras, sí lo están con los intereses morales y étnicos, no enteramente ajenos a los propósitos de la hispanización.

26. EL PERIODISMO EN LA HISPANIDAD.—La historia de las letras hispano-filipinas ha de buscarse en la prensa periódica, pues sólo allí se han registrado sus manifestaciones. La producción del libro —del libro en el estricto sentido literario— apenas puede conocerse de otro modo; acudir no obstante a esta fuente, sobre ser inseguro, es ímprobo y sólo reservado a poquísimos sujetos devotamente especializados. Nuestra bibliografía no nace sino en las iniciativas de Barrantes, Blumentritt y Del Pan (J. F.); los realmente documentados catálogos no advienen sino con la labor de J. T. Medina, T. H. Pardo de Tavera y W. E. Retana. Este, en lo que a nuestro intento respecta, ha dejado, aparte de su tarea bibliográfica, *El Periodismo filipino* que merece ser consultado con frecuencia.

Dos hechos parecen antagónicos: lo temprano de la invención de la imprenta y las escasas publicaciones estrictamente literarias, es decir, libro de «vaga y amena» literatura; lo cual vino a reconocerlo y deplorarlo aquel insaciable Apóstol, al prologar el librito de poesías, *Melancólicas*, de Pepe Palma, en 1916.

De un lado, la antigüedad tipográfica se remonta a 1602; mas sus tiradas se reducen a obras religiosas —las que podríamos designar del «*mester de clerecía*»— y más adelante, a editar catecismos y artes lingüísticas. De otro lado, las letras «castellanas» se vieron envueltas en la pugna de lenguas, cuyo período de indeterminación había durado casi dos centurias, desde el advenimiento de los castellanos (1565).

Tomamos como punto de partida la «poblazón» de Legazpi (y no el «descubrimiento» de Magallanes —1527— que no registra sino el fracaso de su muerte y la leva apresurada del remanente de su escuadra).

Los primeros «doctrineros» que vinieron con el Adelantado, ¿a qué problema imperioso hubieron de hacer frente? A la cuestión de lengua o de lenguas; de buenas a primeras, en Cebú mismo, los naturales hablaban el *bisaya*; tres años más tarde, cuando Legazpi resolvió pasar a Manila, aquí se hablaba el *tagálog* —dos lenguas de raíz afín, pero de gramática bien diferente—. Y en el resto de las Islas, su variedad se diversificaba en más de veinte lenguajes.

Ante este problema, ¿cuál debía ser la urgencia en el misionero? Era más obvio, más sencillo, y por ende más imperativo, obligarse a aprender la lengua local que no imponer la del extranjero advenedizo. El indígena estaba en su tierra; no aspiraba a dominar a gentes extrañas, no abrigaba en sus entrañas el «espíritu de conquista», siquiera fuese espiritual; mientras que los viajeros —los exploradores— arribaban con el estímulo de la predicación de la «Buena Nueva», el Evangelio.

Parécenos que su conducta era sencillamente de sentido común. Y ni los PP. Raga y Moraga, ni los obispos Salazar y Benavides tuvieron dificultades en convenir el dejar aparte su propio idioma para cultivar las lenguas del país; y cuando los esfuerzos del dominico P. Blancas de San José, con el auxilio del chino cristiano Juan de Vera, se vieron coronados por el éxito, su atención primordial se aplicó preferentemente a editar piezas en lengua local.

Transcurre casi un siglo en el que los lingüistas religiosos se disputan la tarea de la producción de artes y más artes (gramáticas); artes de lengua tagala (la lengua madre, por ser la más cultivada y hablada en la capital del Archipiélago), hasta el extremo de registrar, como único caso en la historia de las letras, el que, durante dos siglos escasos, las sucesivas creaciones de tales gramáticas hayan alcanzado el inusitado número de más de *ciento* (100) sólo *de una lengua*: la *tagala*.

Luego advino la tirada del primer periódico. Esto ocurrió en 8 *de agosto de* 1811, casi rivalizando con el *Brusi*, el primer diario de Barcelona, España. El periódico de Filipinas fue hijo de la ansiedad de la colonia, ante el conflicto de la invasión napoleónica; los españoles en Manila se hallaban ansiosos de noticias de la metrópoli, y entonces, oficialmente, se editó *Del Superior Gobierno*, que no tuvo a mano mejor título para satisfacer la sed general. De tiempo en tiempo, la hoja pública iba apareciendo, sin regularidad, a medida que los informes se obtenían por todos los medios. El periódico propiamente dicho, no comienza sino con *El Noticioso filipino*, en julio 29, 1821; y un semanario, *La Filantropía*, en 1.° de septiembre del mismo año 1821; mas el diario con nombre femenino, *La Esperanza*, sale a plaza en diciembre 1.°, 1846. Sin detenernos en más detalles, registramos *Ilustración filipina* (quincenal, marzo 1.°, 1859); *Diario de Manila* (1848); *Boletín oficial de Filipinas* (septiembre 1866) y *Gaceta de Manila* (febrero 20, 1861).

Tales son las publicaciones periódicas, ya derivadas de los centros oficiales o ya de las iniciativas privadas, a mediados del siglo XIX que habían venido luchando con las dificultades para sostenerse, en un medio deficiente, debido a la falta de elementos de acción o escasez de lectores. En adelante, la vida periódica mejora con la radicación de españoles que vinieron de emplea-

dos del Gobierno y afincaron en esta industria, a la vez que emprendedores capitalistas promovían la importación de tipos y máquinas de imprimir. A este período corresponde el mantenimiento del *Diario de Manila* (segunda época), *La Oceanía española*, *El Comercio*, *La voz de España* y otras publicaciones efímeras, algunas ilustradas y otras profesionales o meramente informativas, hasta la época en que la prensa rompe con el conservatismo de los españoles «aplatanados», con *La Oceanía española* que de «tradicionalista», como nació con el viejo Del Pan, se hace «progresista» tras la muerte de su fundador y en manos del hijo de éste; la creación de *El Resumen* (ensayo de periódico barato); el resurgimiento de la *Ilustración filipina*, bajo J. Zaragoza, hasta que, con el triunfo de la Revolución filipina, nacen los periódicos, genuinamente hechos y sostenidos por hijos del país, *La Independencia* y *República filipina* (1898).

De intento prescindimos de citar muchas de las publicaciones que Retana cataloga en *El Periodismo filipino*, para evitar minuciosidad y pesadez; pero, repetimos lo indicado arriba: en esa balumba de papeles han de espigarse las manifestaciones literarias, especialmente del elemento filipino; los españoles no hicieron literatura en libros; los isleños tampoco, y aún Caro y Mora, filipino (uno de los primeros en hacer armas en el periodismo), no publicó libro; el único folleto

que hizo —*El ataque del pirata Limahong*— es más histórico que rigurosamente literario.

Ha quedado mencionado, incidentalmente, al tratar de la redacción de *La Independencia*, el nombre de la señorita Rosa Sevilla. Al andar de los años casóse con el señor Alvero; y siendo directora del Instituto de Mujeres y gozando fama de oradora —la mejor entre las de su sexo—, produjo uno o dos ensayos dramáticos, uno de ellos —con texto español— llevaba el título en tagalo: *Hinulugan taktak* (Caída de gotas), alusión a una cascada de Antipolo, el popular sitio de romería.

Otra distinguida escritora —la que auxilió grandemente a E. M. de la Cámara, en su compilación *Parnaso filipino*— fue la señorita Adelina Gurrea, poetisa premiada en concurso del Casino Español, cuya composición figura en el citado florilegio, y que tuvo por algún tiempo a su cargo la dirección de la sección femenina y literaria del diario *La Vanguardia*.

No queremos cerrar estas líneas sin dedicar recuerdo a dos personajes peninsulares que consagraron sus actividades a la prensa; el veterano J. F. del Pan y su allegado García Collado: gran periodista aquél, y el poeta de mayor inspiración éste, entre los que de la antigua Península se dieron a conocer en nuestra prensa. A la sombra de Del Pan se formó el ya citado Caro y Mora y un corto núcleo de entusiastas jóvenes, entre los cuales se debe nombrar a Isabelo de los Reyes; mientras en otros

periódicos se destacaban el prosista religioso Manuel Rávago, el múltiple y emprendedor Pascual H. Poblete, los hermanos Calderón (Fernando y Felipe), M. Ponce y algún otro que no recordamos. A esa época pertenecen los distinguidos periodistas españoles W. E. Retana (pseudónimo *Desengaños*), el médico José Lacalle Castoll), el letrado T. Cáraves (Lázaro), el farmacéutico R. G. Mercet (Dick), el crítico literario Adolfo Vallespinosa (Urbano Sierra), el coronel retirado C. Millán (Pero Nuño), los profesionales periodistas M. M. Rincón (el de muchos seudónimos), el maestro J. Romero Salas (*Cotito*), el colorista y atrabiliario P. Feced (Quioquiap), el crítico musical M. Wals y Merino (Emmanuele) y el único rival en periodismo del maestro del Pan, Baldomero Mediano que algunas veces firmaba con el seudónimo *Viator*.

Pero merece consignarse que, bien entrada la administración americana de las Islas, americanos y filipinos —más bien en interés de propaganda que no por favorecer al castellano— publicaron sus artículos de fondo en inglés y español a la par: esto ocurrió a los diarios *Manila Daily Bulletin* y *El Ideal*, el primero órgano del comercio yanqui, y el segundo, vocero de los nacionalistas del país, bajo opuestos métodos de versión: el uno del inglés al español, y el otro a la inversa, del español al inglés. Más meritorio para nuestro punto de vista fue lo adoptado por la popular revista norteame-

ricana *Philippines Free Press*, que habiendo empezado publicando artículos y noticias traducidas al castellano, continuó por abrir una sección castellana, con personal propio; y aunque sus miras fueron propiamente industriales, no se ha de negar el aplauso a tan benéfica iniciativa que tanto contribuyó a sostener las buenas relaciones entre los dos pueblos —americano y filipino—, prestando, a la larga e indirectamente, servicio positivo al mantenimiento de la lengua española entre los isleños.

Cerramos esta información recordando la revista mensual Hispanidad, digna evocación del nombre y su significado, bajo los auspicios de la anciana Universidad de Santo Tomás; factura, texto, grabados, todos excelentes, hacen memorable esta revista, que es lástima no haya sobrevivido a la invasión japonesa.

27. LA ACADEMIA FILIPINA.—El cese de la soberanía española en 1898, no cerró las relaciones con la antigua metrópoli, antes bien dio comienzo a una «soberanía» mental por medio del lenguaje; inició el entronque de la Academia matriz con la colonia, creando al primer académico correspondiente, hacia 1908: Macario Adriático, ilustre parlamentario y periodista notable; no recordamos de él sino sus campañas periodísticas y discursos que recogió el *Diario de sesiones* de la primera Asamblea filipina; sólo imprimió en folleto

su alegato por la enseñanza libre; Epifanio Santos cita su narración mindoreña *La punta del salto*. Poderosa inteligencia, sólida cultura, palabra fácil, que le hizo propenso a la improvisación; su figura ha sido propuesta como tesis de grado en una de nuestras Universidades.

Años más tarde, La Real Academia Española, extendió otros nombramientos de «correspondientes» en las personas de los poetas Fernando M.ª Guerrero y Tirso de Irureta Goyena, en 1913; por cierto que el título para el segundo no llegó a Manila, sino dos meses después de su fallecimiento. Fue Irureta Goyena un espíritu inquieto, generoso, luchador; sus versos dedicados a la que vino a ser su esposa, los recogió en pequeño volumen, *Rosas de amor*, y lo más granado de sus prosas en *Por la cultura y la lengua españolas*. Una inspirada y feliz poesía suya es la reproducida en un manual gramatical titulada *Hermanos españoles*.

Restablecidas las relaciones mundiales en 1923, se creó formalmente la Academia filipina, sobre la base del único superviviente «correspondiente», Guerrero; se le concedió el mínimo de doce miembros, que fueron: José María Romero Salas, director (peninsular); Ramón J. Torres, secretario; Epifanio de los Santos Cristóbal, bibliotecario; Enrique Zóbel, tesorero; Manuel M. Rincón (peninsular), censor, y Fernando M.ª Guerrero, Guillermo Gómez, Claro M. Recto, Ignacio

Villamor, Manuel Rávago, Juan Alegre y Esteban Lanza, también peninsular; de modo que, en su organización originaria había tres españoles, más Zóbel que, habiendo nacido en Filipinas, conservaba entonces la ciudadanía española. Lo mejor en letras filipinas estaba allí; no todos habían publicado libros, pero sí Guerrero, Santos, Villamor, Recto y Gómez, cuyas obras casi han desaparecido por entero y cuyos títulos no me es posible recordar.

La Academia —dicho sea en honor a la verdad—. poco hizo que justificase su formación; con todo, a los pocos años, se le otorgó aumento de miembros, equiparándolo a las «correspondientes» sudamericanas mediante la elección de seis nuevos académicos: Rafael Palma, Manuel C. Briones, Mariano J. Cuenco, Manuel Bernabé, Pedro Sabido y Pascual B. Azanza. Con esta adición y fallecido Romero Salas, pasó la dirección a Palma, que la sirvió por cerca de diez años; y fallecidos también Guerrero y Santos, se dio ocasión de llenar tres vacantes con Cecilio Apóstol, Teodoro M. Kalaw y Jaime C. de Veyra, el cual viene sirviendo la secretaría desde 1937. De estos últimos nos limitamos a citar como obras publicadas, *Pentélicas* (Apóstol), *Hacia la tierra del Zar* y *Dietario espiritual* (Kálaw) y *Efemérides filipinas*, *Discursos académicos*, *Filipinas y filipinos* (Veyra).

La complexión actual de la Academia es la siguiente: Gómez, Veyra, y Barcelón, director, secretario y biblio-

tecario, respectivamente; y miembros, Cuenco, Recto, Torres, Sabido, Briones, Azanza, Bernabé, Arsenio M. Luz, Antonio M. Abad, Francisco Liongson, Jorge Bocobo, Lorenzo Pérez Tuells, Enrique Fernández Lumba y José Lauchengco. Antes de la guerra de liberación y durante ella, dejaron de existir González Liquete, Norberto Romuáldez, Enrique Zóbel, Pedro Aunario y Manuel M.ª Rincón.

28. EL TEATRO EN FILIPINAS.—He aquí un punto histórico literario todavía insoluble. ¿Existe teatro en Filipinas? En tiempo de Barrantes, éste lo negaba; puede decirse con más propiedad, que antes de las novelas de Rizal (1887), la generalidad de los autores se inclinaban a *desconocerlo*, no sólo en cuanto a la existencia de obras literarias, sino aun en lo que respecta a arte o vida social y materia novelable. Rizal logró demostrar todo lo contrario. En su polémica con Barrantes, quedó injerida la cuestión del teatro, y Rizal afirmaba su existencia mientras aquél la discutía; fue entonces cuando Rizal prometió demostrarlo y explicar en qué consistía. Desgraciadamente, otros trabajos y ocupaciones distrajeron su atención, quedando la promesa incumplida.

¿Se debe a esto el que Retana, en 1909, *ex profeso*, haya acometido la cuestión, haciéndola objeto de su trabajo el *Teatro en Filipinas*? El libro está dedicado

a nuestro epifanio de los Santos, el mejor historiador de nuestra literatura, a quien Retana titula «preciado ornamento de la cultura filipina». En efecto, cuantas veces Santos abordó el asunto, había pasado como sobre ascuas, sin dejar nada concreto sobre él. Santos había consagrado entusiasta elegio a Retana, en estudio biográfico-crítico; era a la vez muy devoto rizalista; ¿qué hay, por tanto, de cierto sobre la existencia del teatro en Filipinas, afirmado por Rizal y negado por aquél?

Por amor a la verdad debemos reconocer que el recorrido histórico por Retana verificado, es exacto: ni españoles ni filipinos se habían dedicado al cultivo de este ramo literario; la primera obra que, como tal, se puso en escena en 1880, fue *José el carpintero*, de Juan Zulueta de los Angeles. Pardo de Tavera, en su bibliografía, dice brevemente: «Es infantil». Lo es: su argumento es endeble.

La carencia de obras representables no arguye falta de materia, sino sólo ausencia de autores; no hubo hasta entonces quien se dedicase a su cultivo o ejercicio, ni aun entre españoles. El famoso *moro-moro*, si bien de aparición anterior, nació contrahecho, inverosímil, ahito de páginas arrancadas de la literatura caballeresca, de que estaban saturados los *awits* y *corridos* de las cartillas locales.

A propósito del *moro-moro*, Retana, a pesar de su consideración y respeto a Barrantes, denuncia como in-

vención de éste, el origen que cita de tal género. Creemos con él, que lo exacto es el pasaje de Colín, donde se describe. Es el pugilato entre moros y cristianos tan vivo en la realidad durante los siglos XVII y XVIII, y del que fueron teatro «real» pueblos de las Islas bisayas, con las frecuentes incursiones piráticas; allá menudearon, figurando entre las víctimas varios misioneros jesuítas, y en varias poblaciones costeras subsistieron por años los llamados «baluartes», obras de defensa contra los invasores, y allá, aún en Luzón con el mismo objeto, las recias fábricas de iglesias y campanarios, fortalezas de ambos Ilocos, son monumentos permanentes. En lo político-religioso, las incursiones moras dieron lugar a las figuras heroicas del P. Ducos y el P. Capitán.

Es típica la celebración de las fiestas del Santo Niño en Cebú y en Tacloban, Layte. Un grupo de asistentes representa a los cristianos y otro a los moros —vestidos y armados según su usanza— y toman parte en las funciones religiosas, así en las iglesias como, singularmente, en las procesiones. No podemos dejar de considerar la mano del misionero dirigiéndolas entre bastidores. La acción tiene por principal motivo la lucha, el toque de tambores con aire bélico, de donde nació la incorporación al espectáculo de príncipes y princesas —extraídos de los *awits*— en los espectáculos presentados en distritos del tagalismo. Tal nos parece la creación del *moro-moro*, algo que recuerda las representaciones de los *Au-*

tos sacramentales en Corpus Christi de los tiempos de Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón de la Barca. En alguna obrilla antigua aquí impresa, notamos «Enigmas de las Virtudes» (pieza representable), donde percibimos huellas imitativas de tales autores.

Mas la mentalidad literaria de los sacerdotes españoles solía circunscribirse a las escenas de colegios, en celebración de sus fiestas, algún aniversario o centenario, etc. Esto explica la producción del melodrama rizalino, *Junto al Pásig*. También alcanzamos días de representación de los denominados «rasgos dramáticos» en el Ateneo municipal.

Retana, en su estudio sobre el *Teatro en Filipinas*, no deja dato sin consignar, apareciendo su escrito bastante bien documentado. Registra hechos conocidos hasta 1898 —la cesación de la dominación española—, haciendo figurar en ellos autores y títulos poco más merecedores de cita que *José el carpintero*; mas los detalles que consigna sobre vicisitudes de los teatros (edificios) y actotores son muy curiosos.

Ya tocando a los últimos tiempos de aquella soberanía, el Colegio de S. Juan de Letrán había sido «teatro» y atracción de aficionados, gracias a la presencia de un dominico de fácil vena poética —el P. Valentín Marín—. Parécenos que la primera pieza por él exhibida fue *Por la bandera* (zarzuela con música de uno de los profesores); en cierto respecto y ya dentro de las exi-

gencias del arte, era un *moro-moro* adecentado. El público y los amigos del colegio estimularon la producción de otras dos piezas (*La tuerta de Quiapo* y *Las persianas*), donde el gracejo y las humoradas del autor hicieron las delicias de su público.

El éxito de la Revolución y el cambio de soberanía, crearon un período que en lo relativo al teatro, llamaríamos de transición (1899-1902), que puede considerarse brillante para las letras y la música. Entonces puede decirse que se crea el teatro filipino. Los hombres de la Revolución —gran parte de los que abandonaron el campo para retornar a Manila y volver a la vida normal— pusieron sus energías en las artes de la paz, siendo el teatro el que recogió los frutos de sus primeros esfuerzos. Unos cuantos hombres de letras y nuestros músicos se aplicaron a sus especialidades: a la cabeza de los primeros se pusieron Paterno y Severino Reyes; a la de los segundos, José A. Estella, N. Abelardo, F. Buencamino y B. Abdón. *Walang Sugat* fue el primer drama tagalo que, por su acción y mérito ganó las simpatías de un público que supo apreciarlo; con él, Severino Reyes obtuvo el cetro de la escena. que mantuvo en sus manos casi todo el tiempo que fue alimentando el teatro con creaciones que hicieron olvidar la desidia de pasados días. Paterno renovó los laureles de su juventud de las adivinaciones prehistóricas con sus intencionadas *Magdapyo y Simoy nang Kaparangan*, a las

que puso adecuada música Estella. Aurelio Tolentino —sin temor a los prejuicios americanos— puso en escena *Ayer, Hoy y Mañana*, que fue denunciado a los tribunales. Poco después, y animado con el auge de las tablas, un español casi «aplatanado», hombre de letras —José García Suárez—, da a conocer una serie de piezas cortas, casi todas cómicas, bajo los títulos de *A divertirse tocan, Economía doméstica, Concurso de regiones, Recién casada* y *Coquetería*, que el público no ha recibido con displicencia.

Por algunos años, el teatro ya así formado, y más bien en su lado de formación tagala, tiene por representantes al veterano hablista V. Hernández y el pulcro Patricio Mariano (quien también se ocupa de verter a su lengua el *Noli* y el *Fili*, de Rizal) mientras el cine se abre paso, con el tumulto de la novedad, reduciendo a inacción y silencio a los escasos autores dramáticos. En habla española dos emprendedores jóvenes —R. Torres y F. Varona periodistas— dramatizan con destino a círculos escolares, un capítulo de Rizal, en *Los hijos de Sisa*, que constituyen éxito.

Hacia 1911 se agruparon los más aficionados al teatro —actores y autores— creando la sociedad Talía, cuyo nombre expresivo respondía exactamente a su propósito. Bajo la entusiasta dirección de Julio González Díaz, se presentaron *La flor de un día*, de Camprodón, con exceiente inicio. Tuvo la fortuna de promover el interés

del teatro, llevándolo a señalados éxitos. A este período corresponde el primer drama castellano del ya citado señor Reyes, *Vida filipina*, acogida con singular favor del público; un poco más tarde, el propio autor produjo su otra obra, *Lágrimas del corazón*.

No fueron ajenos a este movimiento nuestro Balmori con *Derrota de almas*, y otras piezas ligeras, y B. Rodríguez o L. Improgo Salcedo (quien quiera que haya sido su autor), con *La muñeca se ha roto*.

Con Talía rivaliza —y hasta la suplenta— Círculo escénico (que todavía alienta, aunque más bien ha tenido vida intermitente), de la que es alma y aliento el ya veterano Francisco Liongson; el Círculo que creó nació en Pampanga, y ha pasado a Manila, donde recibe la cooperación y sostén moral y pecuniariamente de elementos a toda prueba altruístas. Liongson, cuyas aficiones derivaron de su estancia en España, es un ejemplo viviente y edificante por su larga y meritoria labor: pocos podrían igualarle; ninguno excederle en amor y abnegación por el teatro. La Academia filipina le ha recibido en su seno, donde desenvolvió, en discurso de recepción, *El teatro en Filipinas*. Ha escrito comedias, como *Mi mujer es candidata*, y dramas de transcendencia, cual *El tesoro que vuelve*, tesis fundada sobre una obra de Rizal: ésta —o ignoramos si otra de las suyas— mereció premio de un jurado en certamen de la Mancomunidad.

La vena flexible y prolífica del académico A. M. Abad también se ha aplicado a ensayos teatrales, de los que se distinguen *La redimida* y la dramatización del personaje histórico *Dagóhoy*, igualmente premiado por la Mancomunidad.

Varios años transcurren desde que en su juventud el poeta Claro M. Recto había lanzado a la calle su tomo de versos, *Bajo los cocoteros*, cuando llevó su numen al teatro, con la sorpresa *Camino de Damasco*: sátira, dicción, intención, osadía, todo en una pieza; el público le premió con su aplauso. Un empujón más, alguna mayor amplitud en concepción, hasta algo de problema social encierra su segundo ensayo dramático, *Solo entre las sombras*. Los críticos lo han celebrado; el autor no ha vuelto a mover su pluma... reducido a hacer política y al ejercicio de la abogacía.

Nada más hemos visto y oído sobre el teatro filipino. Los hechos registrados prueban que existe.

BIBLIOGRAFIA

A. M. ABAD: *Destino histórico de la lengua castellana.*

J. ATAYDE: en *Ilustración filipina*, Manila, 1891.

V. BARRANTES: el *Teatro tagalo* (en revista contemporánea, 1889).

E. M. DE LA CÁMARA: *Parnaso filipino*, Barcelona, 1923.

Z. GALANG: *Enciclopedia filipina*, vol. 1.º; Manila, 1935.

F. M.ª GUERRERO: *Formación de una poesía filipina.*

J. PELLICENA-CAMACHO: *España y Filipinas*, Barcelona, 1917.

Cultura Filipina (revista), Manila, 1911-1916.

Estudio biográfico sobre R. Palma, Manila, 1914.

C. M. RECTO: Prólogos de *Cantos del Trópico*, de M. Bernabé (1939) y de *Pantélicas*, de C. Apóstol (1947).

W. E. RETANA: *El precursor de la política redentorista*, 1894; *La política de España en Filipinas* (revista quincenal), 1888-1897; *El periodismo filipino*, 1895; *De la evolución de la literatura castellana en Filipinas*, 1896; *Folletos filipinos*, volumen II; *La imprenta en Filipinas*, 1897; *Orígenes de la imprenta en Filipinas*, 1911; *Vida y escritos del Dr. J. Rizal*, 1907; *Aparato bibliográfico de la Historia general de Filipinas*, 1908, (3 vols. folio).

J. RIZAL: *Burrantes y el teatro tagalo,* Barcelona, 1889.

J. ROMERO SALAS: *El teatro en Filipinas.*

L. K. SANTOS: *Tingin pahapaw pang Panitikang tagalog* (Ojeada sobre la literatura tagala), 1936.

E. SANTOS CRISTÓBAL: Literatura filipina, conferencia, 1910; *Emilio Jacinto,* 1916; *Marcelo H. Del Pilar,* 1916; *Balagtás y su «Florante»,* 1917; Prólogos a *Builders of a Nation,* de M. M. Norton; a *Efemérides filipinas,* de Veyra y Ponce; a *Palomicas de mi palomar,* de F. A. de la Cámara, y a *La vida en nuestros pueblos,* de G. Nieva; monografía sobre *T. H. Pardo de Tavera*; notas a la ed. Morga-Retana, 1910; *Filipinos y filipinistas*; lauro del jurado sobre invención de la imprenta, 1911.

J. C. DE VEYRA: *Ojeada sobre las letras filipinas* (conferencia), 1933; *Filipinas y filipinos,* 1935, *Breve revista de la literatura filipina,* «El Gráfico», Madrid, 1936; *Sobre supervivencia del castellano,* «The Independent», 1939; discursos académicos en la recepción de los señores N. Romuáldez y A. M. Abad.

FE DE ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
8	6	salvación de sus cristianizados	Salvación de las almas de sus cristianizados
15	16	confudir	confundir
15	24	esta	estas
16	17	«Santos a lo	«Cantos a lo
17	7	*menester*	*mester*
20	11	al Señor	el Señor
22	15	el noble	el notable
32	5	señalalo	señalado
34	20	y contemporáneo	amigo y contemporáneo
37	8	Rávego	Rávago
37	20	Tagles	Tales
38	11	Buttefli	Butterfly
39	15	se le vedaba	no se le vedaba
43	16	hata	hasta
46	20	Mencarino	Mencarini
48	11	le decía	le dedica
55	9	propósito	propósitos
56	21	las sombra	la sombra
56	24	El Es Rizal	Es Rizal
57	21	Cabeseng	Cabesang
7	21	pediodista	periodista
2	10	poeta	poetas
7	25	Conetábase	Comentábase
	22	tagale	tagalo
	23	Placios	Palacios
	1	epifanio	Epifanio